

BIBLIOTECA
ECONOMICA
FILOSOFICA

Z O Z A Y A

VOLUMEN LVIII

SENECA

Tres libros filosóficos



SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERIA

BIBLIOTECA ECONOMICA FILOSOFICA

OBRAS PUBLICADAS

Volúmenes

- 1 PLATON.—Diálogos socráticos.
- 2 DESCARTES.—Discurso del Método.
- 3 KANT.—Metafísica de las costumbres.
- 4 SCHELLING.—El principio divino.
- 5 LEIBNITZ.—La Monadología. Opúsculos.
- 6, 7 y 8. SPINOZA.—Tratado teológico-político.
- 9 SANZ DEL RIO.—El idealismo absoluto.
- 10 ROUSSEAU.—El contrato social.
- 11 LAMENNAIS.—Obras escogidas.
- 12 y 13 SANTO TOMAS.—Teodicea.
- 14 EPICETO. Máximas.
- 15 RICHTER.—Teorías estéticas.
- 16 PASCAL.—Pensamientos.
- 17 FENELON.—El ente infinito.
- 18 y 19 PLATON.—Diálogos polémicos.
- 20 CICERON.—De la República.
- 21 MARCO AURELIO.—Los doce libros.
- 22 DESCARTES.—Meditaciones metafísicas.
- 23 y 24 ARISTOTELES.—Política.
- 25 KEMPIS.—Imitación de Cristo.
- 26 GINER.—Estudios sobre la Educación.
- 27 LUIS VIVES.—Int. a la sabiduría.
- 28 y 29 KANT.—Crítica de la Razón práctica.
- 30, 31 y 32 COMTE.—Catecismo positivista.
- 33 MAQUIAVELO.—El príncipe.
- 34 CONDILLIAC.—Lógica.
- 35 DIDEROT.—Obras filosóficas.
- 36, 37 y 38 FICHTE.—Doctrina de la ciencia.
- 39 HARTMANN.—Religión del porvenir.
- 40 SAN JERONIMO.—Epístolas.
- 41 G. SERRANO.—Crítica y filosofía.
- 42, 43 y 44 MALEBRANCHE.—Conversaciones sobre Metafísica.
- 45 SPENCER.—Clasificación de las ciencias.
- 46 HAECKEL.—Psicología celular.
- 47 y 48 SCHOPENHAUER.—Parerga y Paralipomena.
- 49 y 50 DELBOEUF.—La materia bruta y la materia viva.

LC-819

BIBLIOTECA
ECONÓMICA FILOSOFICA

VOLUMEN LVIII

LEGADO
ELADIO DEL CAMPO

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

2 REALES VOLUMEN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

FILOSOFÍA ALEMANA

Volúmenes.

- III. KANT. — *Fundamentos de una metafísica de las costumbres.*
IV. SCHELLING. — *Bruno ó del principio divino.*
V. LEIBNITZ. — *La Monadologia.*
Opúsculos.
XV. RICHTER. — *Teorías estéticas.*
XVIII y XXIX. KANT. — *Critica de la razón práctica.*
XXXVI, XXXVII y XXXVIII. FICHTE. — *Doctrina de la ciencia.*
-

EN PREPARACIÓN

- HEGEL. — *Lógica.*
KANT. — *Critica del juicio.*
SCHELLING. — *Sistema del Idealismo trascendental.*
LEIBNITZ. — *Ensayos de Teodicea.*

BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA

VOL. LVIII

LUCIO AENEIO SÉNECA

TRES LIBROS FILOSÓFICOS

TRADUCIDOS POR EL LICENCIADO

PEDRO FERNANDEZ DE NAVARRETE

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PLATA DEL PROGRESO, 3, 2.º

R. 11121

1891

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMP. DE JOSÉ RODRIGUEZ, ATOCHA, 100, PRAL.

DE LA VIDA BIENAVENTURADA

Á GALION

I. Todos, ¡oh hermano Galión! desean vivir bienaventuradamente; pero andan á ciegas en el conocimiento de aquello que hace bienaventurada la vida; y en tanto grado no es fácil el llegar á conocer cuál lo sea, que al que más apresuradamente caminaré desviándose de la verdadera senda y siguiendo la contraria, le vendrá á ser su misma diligencia causa de mayor apartamiento. Ante todas cosas, pues, hemos de proponer cuál es la que apetecemos, después mirar por qué medios podremos llegar con mayor presteza á conseguirla, haciendo reflexión en el mismo camino si fuere derecho, de lo que cada día nos vamos adelantando, y cuánto nos alejamos de aquello á que nos impele nuestro natural apetito. Todo

el tiempo que andamos vagando sin llevar otra guía más que el estruendo y vocerío de los distraídos, que nos llama á diversas acciones, se consume entre errores nuestra vida, que es breve, aun cuando de día y de noche se ocupe en buenas obras. Determinemos, pues, á dónde y por dónde hemos de caminar, y no vamos sin adalid que tenga noticia de la parte á que se encamina nuestro viaje, porque en esta peregrinación no sucede lo que en otras, en que los términos y vecinos, siendo preguntados, no dejan errar el camino; pero en ésta el más trillado y más frecuentado es el que más engaña. En ninguna cosa, pues, se ha de poner mayor cuidado, que en no ir siguiendo á modo de ovejas las huellas de las que van delante, sin atender á dónde se va, sino por dónde se va; porque ninguna cosa nos enreda en mayores males, que el dejarnos llevar de la opinión, juzgando por bueno lo que por consentimiento de muchos hayamos recibido, siguiendo su ejemplo y gobernándonos, no por razón, sino por imitación, de que resulta el irnos atropellando unos á otros, sucediendo lo que en las grandes ruinas de los pueblos, en que ninguno cae sin llevar otros muchos tras sí, siendo los primeros ocasión de la pérdida de los demás. Esto mismo verás en el discurso de la vida, donde ninguno yerra para sí

solo, sino que es autor, y causa de que otros yerren, siendo dañoso arrimarse á los que van delante. Porque donde cada uno se aplica más á cautivar su juicio que á hacerle, nunca se raciocina, siempre se cree; con lo cual el error que va pasando de mano en mano, nos trae en torno hasta despeñarnos, destruyéndonos con los ejemplos ajenos. Si nos apartamos de la turba, cobraremos salud, porque el pueblo es acérrimo defensor de sus errores contra la razón; sucediendo en esto lo que en las elecciones, en que los electores, cuando vuelve sobre sí el débil favor, se admiran de los jueces que ellos mismos nombraron. Lo mismo que antes aprobamos, venimos á reprobamos. Que este fin tienen todos los negocios donde se sentencia por el mayor número de votos.

II. Cuando se trata de la vida bienaventurada, no es justo me respondas lo que de ordinario se dice cuando se vota algún negocio: «Esto siente la mayor parte,» pues por esa razón es lo peor; porque no están las cosas de los hombres en tan buen estado, que agrade á los más lo que es mejor; antes es indicio de ser malo el aprobarlo la turba. Busquemos lo que se hizo bien, y no lo que está más usado; lo que nos coloque en la posesión de eterna felicidad, y no lo que califica el vulgo, errado investigador de la verdad. Y llamo vulgo, no sólo á los

que visten ropas vulgares, sino también á los que las traen preciosas; porque yo no miro los colores de que se cubren los cuerpos, ni para juzgar del hombre doy crédito á los ojos; otra luz tengo mejor y más segura con que discernir lo falso de lo verdadero. Los bienes del ánimo, sólo el ánimo los ha de hallar; y si éste estuviere libre para poder respirar, y retirarse en sí mismo, ó cómo encontrará con la verdad, y atormentado de sí mismo confesará y dirá: «Quisiera que todo lo que hasta ahora hice, estuviera por hacer; porque cuando vuelvo la memoria á todo lo que dije, me río en muchas cosas de ello: todo lo que codicié, lo atribuyo á maldición de mis enemigos. Todo lo que temí ¡oh dioses buenos! fué mucho menos riguroso de lo que yo habia pensado. Tuve amistad con muchos, y del aborrecimiento volví á la gracia (si es que la hay entre los malos) y hasta ahora no tengo amistad conmigo. Puse todo mi cuidado en levantarme sobre la muchedumbre, haciéndome notable con alguna particular calidad; ¿y qué otra cosa fué esto sino exponerme á las flechas de la envidia, y descubrir al odio la parte en que me podría morder?» ¿Ves tú á estos que alaban la elocuencia, que siguen las riquezas, que lisonjean á la privanza y ensalzan la potencia? Pues todos ellos, ó son enemigos, ó (juzgán-

dolo con más equidad) lo podrán venir á ser; porque al paso que creciere el número de los que se admiran, ha de crecer el de los que envidian.

III. Ando buscando con cuidado alguna cosa que yo juzgue ser buena para el uso y no para la ostentación: porque estas que se miran con cuidado y nos hacen detener, mostrándolas los unos á los otros con admiración, aunque en lo exterior tienen resplandor, son en lo interior miserables. Busquemos algo que sea bueno, no en la apariencia, sino sólido y macizo, y en la parte interior hermoso. Alcancémoslo, que no está muy lejos, y con facilidad lo hallarás, si atendieres á la parte á que has de extender la mano: porque ahora pasamos por las cosas que nos están cercanas, como los que andan á obscuras tropezando en lo mismo que buscan. Pero para no llevarte por rodeos, dejaré las opiniones de otros por ser cosa prolija el referirlas y refutarlas. Admite la nuestra; y cuando te digo la nuestra, no me ato á la de alguno de los principales estóicos, que también tengo yo libertad para hacer mi juicio. Finalmente, seguiré alguno de ellos, á otro compeleré á que divida su opinión; y por ventura después de estar llamado y citado de todos, no reprobaré cosa alguna de lo que nuestros pasados decretaron, ni diré: *Esto*

siento demás: y en el interin, siguiendo la opinión común de los estóicos, me convengo con la naturaleza, por ser sabiduría el no apartarnos de ella, formándonos por sus leyes y ejemplo. Será, pues, bienaventurada la vida en lo natural, que se conformare con su naturaleza: lo cual no se podrá conseguir, si primero no está el ánimo sano y con perpétua posesión de salud. Conviene que sea vehementemente, fuerte, gallardo, sufridor y que sepa ajustarse á los tiempos, siendo circunspecto en sí, y en todo lo que le tocara, pero sin demasía. Ha de ser asimismo diligente en todas las cosas que instruyen la vida, usando de los bienes de la fortuna sin causar admiración á otros y sin ser esclavo de ella. Y aunque yo no lo añada, sabes tú que á esto se seguirá una perpétua tranquilidad y libertad, dando de mano á las cosas que nos alteran ó atemorizan: porque en lugar de los deleites y las demás cosas que en los mismos vicios son pequeñas, frágiles y dañosas, sucederá una grande alegría incontrastable, una paz acompañada de concordia de ánimo, y una grandeza adornada de mansedumbre; porque todo lo que es fiereza, se origina de enfermedad.

IV. Podrá asimismo definirse nuestro bien de otra manera, comprendiéndose en la misma sentencia, aunque no en las mismas

palabras. Al modo que un mismo ejército unas veces se esparce en mayor latitud y otras se estrecha y reduce á más angosto sitio; unas se pone en forma de media luna, otras se muestra en recta y descubierta frente; pero de cualquier manera que se forme, consta de las mismas fuerzas, y está con el mismo intento para acudir á la parcialidad que sigue. Así la definición del sumo bien puede unas veces extenderse y estrecharse otras; con lo cual vendrá á ser lo mismo decir, que el sumo bien es un ánimo que estando contento con la virtud, desprecia las cosas que penden de la fortuna ó que es una invencible fortaleza de ánimo, sabedora de todas las cosas, agradable en las acciones con humanidad y estimación de los que le tratan. Quiero, pues, que llamemos bienaventurado al hombre que no tiene por mal ó por bien sino el tener bueno ó malo el ánimo: y al que siendo venerador de lo bueno, y estando contento con la virtud, no le ensoberbecen ni abaten los bienes de la fortuna, y al que no conoce otro mayor bien que el que se puede dar á sí mismo, y al que tiene por sumo deléite el desprecio de los deléites. Y si tuvieres gusto de espaciarte más, podrás con entera y libre potestad extender este pensamiento á diferentes haces: porque ¿cuál cosa nos puede impedir el llamar dichoso, libre,

levantado, intrépido y firme al ánimo, que está exento de temor y deseos, teniendo por sumo bien á la virtud y por solo mal á la culpa? Todo lo demás es una vil canalla que ni quita ni añade á la vida bienaventurada, yendo y viniendo sin causar al sumo bien aumento ni disminución. Forzoso es que al que está tan bien fundado (quiera ó no quiera) se le siga una continúa alegría y un supremo gozo venido de lo alto, porque vive contento con sus bienes sin codiciar cosa fuera de sí. ¿Por qué, pues, no ha de poner en balanza estas cosas con los pequeños, frívolos y poco perseverantes movimientos del cuerpo, siendo cierto que el mismo día que se hallare en deléite se hallará en dolores?

V. ¿No echas de ver en cuán mala y perniciosa esclavitud servirá aquel á quien alternadamente poseyeren, ó ya los deléites ó ya los dolores, dueños inciertos y de flacas fuerzas? Conviene, pues, buscar la libertad, y ninguna otra cosa la da sino el desprecio de la fortuna, de que nace un inestimable bien, que es la quietud del ánimo colocado en lugar seguro y una sublimidad y un gozo inmóvil, que tiene su origen de conocer la quietud y latitud del ánimo de quien recibe deléites, no como bienes, sino como nacidos de su bien. Y porque he comenzado á mostrarme liberal, digo,

que también puede llamarse bienaventurado aquel que por beneficio de la razón ha llegado á no desear y á no temer, que aunque las piedras y los animales carecen de temor y tristeza, nadie los llamó dichosos, faltándoles el conocimiento de la dicha. En el mismo número puedes contar y poner á aquellos hombres á quien su ruda naturaleza y el no tener conocimiento de sí, los ha reducido al estado de los brutos, sin que haya diferencia de los unos á los otros, pues si aquéllos carecen de razón, éstos otros la tienen mala, siendo sólo diligentes para su propio daño. Y ninguno que estuviere apartado de la verdad se podrá llamar bienaventurado, y sólo lo será el que tuviere la vida estable y firme en juicio cierto y recto, porque el ánimo estará entonces limpio y libre de todos males, cuando no sólo se apartare de las heridas, sino también de las escaramuzas, esperando á pié quedo á defender el puesto que se le encargó, aunque se le muestre airada y contraria la suerte. Porque aunque el deléite se extienda por todas partes y por todas las vías influya, y con halagos ablande el ánimo, y saque de unas caricias otras con que solicite todos nuestros sentidos, ¿cuál de los mortales, en quien se halle rastro de hombre, habrá que quiera que el deléite esté de día y de noche haciéndole cosquillas,

para que desamparando el ánimo venga á servir á las comodidades del cuerpo?

VI. Diráme alguno que también el ánimo ha de tener sus deléites. Téngalos en buena hora y siéntese á ser juez árbitro de la lujuria y los demás pasatiempos, y llénese de todo aquello que suele deleitar los sentidos, y ponga después los ojos en las cosas pasadas, y acordándose de los antiguos entretenimientos, alégrese de ellos, acérquese á los futuros, disponga sus esperanzas, y mientras su cuerpo está enviciado en la golosina presente, ponga los pensamientos en lo que espera, que con sólo esto le juzgo por el más desdichado, siendo frenesí abrazar los males en lugar de los bienes. Ninguno sin salud es bien afortunado, y no la tiene el que en vez de lo saludable apetece lo dañoso. Será, pues, bienaventurado el que en su juicio tuere recto y el que se contentare con lo que posee, teniendo amistad con su estado, y aquel á quien la razón guiare en sus acciones. Advierte en cuán torpe lugar pusieron el sumo bien los que dijeron lo era el deléite, y con todo ello niegan el poderlo apartar de la virtud, y dicen que ninguno que viva bien puede dejar de vivir con alegría, y el que vive con alegría vive juntamente con bien. Yo no veo cómo se puedan unir cosas tan diversas. Decidme, ¿en

qué fundáis que no puede separarse la virtud del deléite? ¿Es por ventura porque todo principio de bien nace de la virtud? Pues también de sus raíces nacen las cosas que vosotros amáis y apetecéis, y si no fuesen distintas no veríamos que algunas son deleitables y no buenas, y otras que siendo buenas se han de buscar por asperezas y dolores.

VII. Añade también que el deléite alcanza á la más torpe vida, y la virtud no admite esta compañía; y que hay algunos que, teniendo deléites, son infelices, y antes de tenerlos les nace el serlo, lo cual no nos sucedería si el deléite se mezclase con la virtud, careciendo ella muchas veces de él, sin jamás necesitar de su compañía. ¿Para qué, pues, haces unión de lo que no sólo no es semejante, antes es diverso? La virtud es una cosa alta, excelsa, real é infatigable: el deléite es abatido, servil, débil y caduco, cuya morada son los burdeles y bodegones. A la virtud siempre hallarás en el Templo, en los Consejos y en los ejércitos, defendiendo las murallas, llena de polvo, encendida y con las manos llenas de callos. Hallarás al deléite escondiéndose y buscando las tinieblas, ya en los baños, ya en las estufas y en los lugares donde se recela la venida del juez. Hallarásle flaco, débil y sin fuerzas, humedecido en vino y en ungüentos, descolori-

do, afeitado, y asqueroso con medicamentos. El sumo bien es inmortal; no sabe irse si no le echan; no causa fastidio ni arrepentimiento, porque el ánimo recto jamás se altera ni se aborrece, ni se muda, porque sigue siempre lo mejor. El deléite, cuando está dando más gusto, entonces se acaba, y como tiene poca capacidad, hínchase presto y causa fastidio, marchitándose al primer ímpetu, sin que se pueda tener seguridad de lo que está en continuo movimiento. Y así no puede tener subsistencia lo que con tanta celeridad viene y pasa para acabarse con el uso, terminándose donde llega y caminando á la declinación cuando comienza.

VIII. ¿Pues qué diremos si en los buenos y en los malos hay deléite, y no alegra menos á los torpes la culpa que á los buenos la virtud? Y por esta causa nos aconsejaron los antiguos que siguiésemos la vida virtuosa y no la deleitable, de tal modo, que el deléite no sea la guía, sino un compañero de la ajustada voluntad. La naturaleza nos ha de guiar: á ésta obedece la razón, y con ella se aconseja, según lo cual es lo mismo vivir bien que vivir conforme á los preceptos de la naturaleza. Yo declararé cómo ha de ser esto. Si miramos con recato y sin temor los dotes del cuerpo y las cosas ajustadas á la naturaleza, juzgán-

dolos como bienes transitorios y dados para sólo un día; y si no entramos á ser sus esclavos, ni tienen profesión de nosotros; si los que son deleitables al cuerpo, y los que vienen de paso los ponemos en el lugar en que suelen ponerse en los ejércitos los socorros y la caballería ligera, estos bienes sirvan y no imperen, que con esto serán útiles al ánimo. Sea el varón incorrupto y sin dejarse vencer de las cosas externas; sea estimador de sí mismo, confiando sólomente en la virtud. Sea artífice de su vida, disponiéndose á la buena y mala fortuna; no sea su confianza sin sabiduría y sin constancia; perseveré en lo que una vez eligiere, sin que haya cosa que se borre en sus determinaciones. También se debe entender, aunque yo no lo diga, que este varón ha de ser compuesto, concertado, magnífico y cortés; ha de tener una verdadera razón asentada en los sentidos, tomando de ella los principios, porque no hay otros en qué estribar ni dónde se tome la carrera para llegar á la verdad y volver sobre sí. Porque también el mundo, que lo comprende todo, y Dios, que es el Gobernador del universo, camina y vuelve á las cosas exteriores. Haga nuestro ánimo lo mismo, y cuando habiendo seguido sus sentidos hubiere por ellos pasado á las cosas externas, tenga autoridad

en ellas y en sí, y (para decirlo en este modo), eche prisiones al sumo bien, que de esta suerte se hará una fortaleza y una potestad concorde, de la cual nacerá una razón fija, no desconfiada, ni dudosa en las opiniones, ni en las doctrinas, ni en la persuasión de sí mismo; y cuando ésta se disponga y se ajusto en sí, y (por decirlo en una palabra), cuando hiciere consonancia, habrá llegado á conseguir el sumo bien, porque entonces no le queda cosa mala, ni repentina, ni en que encuentre ó con que vacile. Hará todas las cosas por su imperio y ninguna impensadamente; lo que hiciere le saldrá bien, con facilidad y sin repugnancia. Porque la pereza y la duda dan indicios de pelea y de inconstancia. Por lo cual, con osadía has de defender que el sumo bien es una concordia del ánimo, y que las virtudes están donde hubiere conformidad y unidad, y que los vicios andan siempre en continua discordia.

IX. Dirásme, que no por otra razón reverencio la virtud, sino porque de ella espero algún deléite. Lo primero digo, que aunque la virtud da deléite, no es esta la causa porque se busca, que no trabaja para darle: si bien su trabajo, aunque mira á otros fines, da también deléite, sucediendo lo que á los campos, que estando arados para las mieses dan también

algunas flores; y aunque éstas deléitan la vista, no se puso para ellas el trabajo, que otro fué el intento del labrador, y sobrevinole este. De la misma manera el deléite no es paga ni causa de la virtud, sino una añadidura, y no agrada porque deléita, sino deléita porque agrada. El sumo bien consiste en el juicio y en el hábito de la buena intención, que en llenando el pecho y en ciñéndose en sus términos, viene á estar en perfección, sin desear otra cosa alguna: porque como no hay cosa que esté fuera del fin, tampoco la hay fuera del todo: y así yerras cuando preguntas qué cosa es aquella por que busco la virtud, que eso sería buscar algo sobre lo supremo. ¿Pregúntasme qué pido á la virtud? pido la misma virtud: porque ella no tiene otra cosa que sea mejor, y es la paga de sí misma. Dirásme: ¿pues esto poco es cosa tan grande? ¿No te he dicho que el sumo bien es un vigor inquebrantable del ánimo, que es una providencia, una altura, una salud, una libertad, una concordia y un decoro,? ¿cómo pues, quieres haya otra cosa mayor á quien éstas se refieran? ¿por qué me nombras el deléite? que yo busco el bien del hombre, no el del vientre, pues éste le tienen mayor los ganados y las bestias.

X. Disimulas, dice, lo que yo digo, porque

niego que pueda vivir alguno con alegría, si no vive juntamente con virtud: y esto no puede suceder á los animales mudos, que miden su felicidad con la comida. Clara y abiertamente testifico que esta vida que llamo alegre, no puede conseguirse sin juntarle la virtud. Tras esto, ¿quién ignora que de esos vuestros deléites están llenos los ignorantes y que abunda la maldad en muchas cosas alegres, y que el mismo ánimo no sólo nos pone sugestión en malos géneros de deléites, sino en la muchedumbre de ellos? Cuanto á lo primero, nos pone la insolencia y la demasiada estimación propia, la hinchazón que nos levanta sobre los demás, el amor impróvido y ciego á nuestras cosas, las riquezas transitorias, la alegría nacida de pequeñas y pueriles causas, la procacidad y locuacidad, la soberanía que con ajenos vituperios se alegra, la pereza y flojedad de ánimo dormido siempre para sí. Todas estas cosas destierra la virtud, y amonesta á los oídos, y antes de admitir los deléites los examina: y aun de los que admite hace poca estimación, alegrándose no con el uso, sino con la templanza de ellos. Luego si ésta disminuye los deléites, vendrá á ser injuria del sumo bien. Tú abrazas el deléite, yo le enfreno; tú le disfrutas, yo le gozo; tú le tienes por sumo bien, yo ni aun le

juzgo por bien; tú haces todas las cosas en orden al deléite, yo ninguna. Y cuando digo que no hago cosa alguna en orden al deléite, hablo en persona de aquel sabio, á quien sólo concedes el deléite.

XI. Y no llamo sabio á aquel sobre quien tiene imperio cualquier cosa, cuanto más si le tiene el deléite, porque el poseído de él, ¿cómo podrá resistir al trabajo, al peligro, á la pobreza y á tantas amenazas que alborotan la vida humana? ¿Cómo sufrirá la presencia de la muerte, cómo la del dolor, cómo los estruendos del mundo, y cómo resistirá á los ásperos enemigos, si se deja vencer de tan flaco contrario? Este hará todo lo que le aconsejare el deléite. Atiende, pues, y verás cuántas cosas le aconseja. Dirásme que no le podrá persuadir cosa torpe por estar unido á la virtud. No tornas á echar de ver las calidades del sumo bien y las guardas de que necesita para serlo. ¿Cómo podrá la virtud gobernar al deléite, si le sigue, pues el seguir es acción del que obedece, y gobernar del que impera? ¿A las espaldas ponéis al que manda? Gentil oficio dais á la virtud, haciendo que sea repartidora de deléite. Con todo esto hemos de averiguar si en estos que tratan tan afrentosamente á la virtud hay alguna virtud, la cual no podrá conservar su nombre si se

rindió. Mientras hablamos de esta materia, podré mostrarte muchos que han estado sitiados de sus deléites, por haber derramado en ellos la fortuna sus dádivas, siendo forzoso me confieses fueron malos. Pon los ojos en Nomentano y Numicio, que andaban (como éstos dicen) buscando los bienes del mar y de la tierra, reconociéndose en sus mesas animales de todas las provincias del orbe; míralos, que desde sus lechos están atendiendo á sus glotonerías, deleitando los oídos con músicas, los ojos con espectáculos y el paladar con guisados. Pues advierte, que todo su cuerpo está desafiado de blandos y muelles fomentos; y porque las narices no estén holgando, se inficiona con varios hedores aquel lugar, donde se hacen las exequias á la lujuria. Podrás decirme de éstos que viven en deléites; pero no que lo pasan bien, pues no gozan de bien.

XII. Dirás que les irá mal porque intervienen muchas cosas que les perturban el ánimo y las opiniones entre sí encontradas les inquietan la mente. Confieso que esto es así; mas con todo eso, siendo ignorantes y desiguales y sujetos á los golpes del arrepentimiento, reciben grandes deléites, de suerte que es forzoso confesar están tan lejos del disgusto cuanto del buen ánimo, sucediéndoles lo que á muchos que pasan una alegre locura y con

risa se hacen frenéticos. Pero al contrario, los entretenimientos de los sabios son detenidos y modestos, y como encarcelados y casi incomprensibles, porque ni son llamados, ni cuando ellos se vienen son tenidos en estimación, ni son recibidos con alegría de los que los gozan, porque los mezclan y entrometen en la vida como juego y entretenimiento en las cosas graves. Dejen, pues, de unir lo que entre sí no tiene conveniencia y de mezclar con la virtud el deléite, que eso es lisonjear con todo género de males al vicio, con lo cual el distraído en deléites y el siempre vago y embriagado, viendo que vive con ellos, piensa que asimismo vive con virtud por haber oído que no puede estar separado de ella el deléite, y con esto intitula á sus vicios con nombre de sabiduría, sacando á luz lo que debiera estar escondido, con lo cual frecuenta sus vicios, no impelido de la doctrina de Epicuro, sino porque entregado á sus culpas, las quiere esconder en el seno de la Filosofía, concurriendo á la parte donde oye alabar los deléites. Y tengo por cierto que no hacen estimación del deléite de Epicuro (así lo entiendo) por ser seco y templado, sino que sólomente se acogen á su amparo y buscan su patrocinio, con lo cual pierden un solo bien que tenían en sus culpas, que era la vergüenza, y así alaban

aquello de que solían avergonzarse y gloriarse del pecado, sin que á la juventud le queden fuerzas para levantarse desde que á la torpe ociosidad se le arrimó un honroso nombre.

XIII. Por esta razón es dañosísima la alabanza del deléite, porque los preceptos saludables están encerrados en lo interior y lo aparente es lo que daña. Mi opinión es (diréla aunque sea contra el gusto de nuestros populares) que lo que enseñó Epicuro son cosas santas y rectas, y áun tristes, si te acercares más á ellas; porque aquel deléite se reduce á pequeño y débil espacio; y la ley que nosotros ponemos á la virtud, la puso él al deléite, porque le manda que obedezca á la naturaleza, para la cual es suficiente, lo que para el vicio es poco. ¿Pues en qué consiste esto? En que aquel (séase quien se fuere) que llama felicidad al abatido ocio, y al pasar de la gula á la lujuria busca buen autor á cosa que es de suyo mala, y mientras se halla inducido de la blandura del nombre sigue el deléite; pero no es el que oye, sino el que él trae, y como comienza á juzgar que sus vicios son conformes con las leyes, entrégase á ellos, no ya tímida ni paliadamente sino en público, y sin velo, y dase á la lujuria sin cubrirse la cabeza. Así, que yo no digo lo que muchos de los nuestros, que la secta de Epicuro es maestra de vicios; antes

afirmo que está desacreditada é infamada sin razón; y esto nadie lo puede saber sin ser admitido á lo interior de ella. El frontispicio da motivo á la mentira y convida á esperanzas malas. Esto es como ver un varón fuerte en traje de mujer: mientras te durare la vergüenza, estará segura la virtud. Y para ninguna deshonestidad estará desocupado tu cuerpo; en tus manos está el pandero. Elijase, pues, un honesto título y una inscripción que levante el ánimo á repeler aquellos vicios, que al instante que vienen le enervan las fuerzas. Cualquiera que se llega á la virtud da esperanzas de generosa inclinación; y el que sigue el deléite descubre ser flaco, y que degenera, y que ha de parar en cosas torpes si no hubiere quien le distinga los deléites para que conozca cuáles son los que le han de tener dentro del natural deseo y cuáles los que le han de despeñar: que siendo éstos infinitos, cuanto más se llenan están más incapaces de llenarse. Ea, pues, vaya la virtud delante, y serán seguros todos los pasos. El deléite, si es grande, daña; pero en la virtud no hay que temer la demasía, porque en ella misma se encierra el modo, porque no es bueno aquello que con su propia grandeza padece.

XIV. Verdaderamente os ha caído en suerte una naturaleza adornada de razón; y así,

¿qué cosa se os puede proponer mejor que ella? Si os agrada el deléite, sea añadidura de la virtud; y si tenéis inclinación de ir con acompañamiento á la vida feliz, vaya delante la virtud, vaya detrás de ella el deléite y siga como la sombra al cuerpo. Hubo algunos, que siendo la virtud cosa tan excelente, la entregaron por esclava al deléite. Al ánimo capáz no hay cosa que sea grande; sea la virtud la primera, lleve el estandarte, y con todo eso tendremos deléite, si siendo dueños de él, le templáremos. Algo habrá que nos incite, pero nada que nos compela; y al contrario, los que dieron el primer lugar al deléite, carecieron de entrambas cosas, porque pierden la virtud y no consiguen el deléite, antes ellos son poseídos de él; con cuya falta se atormentan, y con cuya abundancia se ahogan; siendo desdichados si no lo tienen y más desdichados si los atropella; sucediéndoles lo que á los que se hallan en el mar de los Sirtes, que unas veces se ven en el arena-seca, y otras fluctuando con la corriente de las ondas; y esto les acontece, ó por demasiada destemplanza, ó por ciego amor de las cosas. Que al que en lugar de lo bueno codicia lo malo. el conseguirlo le viene á ser peligroso, como cuando cazamos las fieras con peligro y trabajo, y después de cogidas nos es cuidadosa su posesión, y tal vez despedazan al

que las cazó. Así, los que gozan de grandes deléites, vienen á parar en grandes males, que siendo poseídos se apoderan del poseedor, y cuanto son ellos mayores, es menor el que los goza, conque viene á ser esclavo aquel á quien el vulgo llama feliz. Quiero proseguir en esta comparación diciendo que, al modo que el cazador anda buscando las cuevas de las fieras, haciendo grande aprecio de cogerlas en los lazos, cercando con perros los espesos bosques para hallar sus huellas, y para esto falta á cosas más importantes y desampara sus más legítimas ocupaciones, así el que sigue los deléites lo pospone todo y desprecia su primera libertad, trocándola por el gusto del vientre, y este tal no compra los deléites, antes él mismo es el que se vende á ellos.

XV. Diráme alguno, ¿qué cosa prohíbe que no puedan unirse la virtud y el deléite y hacer un sumo bien, de modo que una misma cosa sea honesta y deleitable? Porque la parte de lo honesto no puede dejar de ser juntamente deleitable, ni el sumo bien puede gozar de su sinceridad, si viere en sí cosa disímil de lo mejor, y el gozo que se origina de la virtud, aunque es bueno, no es parte de bien absoluto como no lo son la alegría y la tranquilidad, aunque nazcan de hermesísimas causas: porque éstos son bienes que siguen al sumo

bien, pero no le perfeccionan. Y así el que injustamente hace unión del deléite y la virtud con la fragilidad de un bien debilita el vigor del otro, y pone en servidumbre la libertad que fuera invencible si no juzgara había otra cosa más preciosa; porque con esto viene á necesitar de la fortuna que es la mayor esclavitud y luégo se le sigue una vida congojosa, sospechosa, cobarde, temerosa y pendiente de cada instante de tiempo. Tú que haces esto no das á la virtud fundamento inmóvil y sólido, antes quieres que esté en lugar mudable: porque, ¿qué cosa hay tan inconstante como la esperanza de lo fortuito y la variedad de las cosas que aficionan al cuerpo? ¿cómo podrá éste obedecer á Dios y recibir con buen ánimo cualquier suceso sin quejarse de los hados? ¿Y cómo será benigno intérprete de los acontecimientos si con cualquier picadura de los deléites se altera? ¿Cómo podrá ser buen amparador y defensor de su patria y de sus amigos, el que se inclina á los deléites? Póngase, pues, el sumo bien en lugar donde con ninguna fuerza pueda ser derribado y donde no tengan entrada el dolor, la esperanza, el temor, ni otra alguna cosa que deteriore su derecho: porque á tan grande altura sola puede subir la virtud y con sus pasos se ha de vencer esta cuesta:

ella es la que estará fuerte y sufrirá cualquier suceso, no sólo admitiéndolos, sino deseándolos: conociendo que todas las dificultades de los tiempos son ley de la naturaleza y como buen soldado sufrirá las heridas, contará las cicatrices y atravesado con las picas amará muriendo al Emperador por cuya causa muere, teniendo en el ánimo aquel antiguo precepto *Amar á Dios*. Pero el que se queja, llora y gime y hace forzado lo que se le manda, viene compelido á la obediencia: pues que locura es querer más ser arrastrado que seguir con voluntad. Tal por cierto como sería ignorancia de tu propio sér el dolerte y lamentarte de que te sucedió algún caso acerbo; ó admirarte igualmente, ó indignarte de aquellas cosas que suceden así á los buenos como á los malos, cuales son las enfermedades, las muertes y los demás accidentes que acometen de través á la vida humana. Todo lo que por ley universal se debe sufrir, se ha de recibir con gallardía de ánimo: pues el asentarnos á esta milicia fué para sufrir todo lo mortal, sin que nos turbe aquello que el evitarlo no pende de nuestra voluntad. En rey no nacimos y el obedecer á Dios es libertad.

XVI. Consiste, pues, la verdadera felicidad en la virtud; ¿y qué te aconsejará ésta? Que no juzgues por bien ó por mal lo que te suce-

diere sin virtud ó sin culpa, y que después de esto seas inmóvil del bien para el mal, y que en todo lo posible imites á Dios. ¿Y por esta pelea, qué se te promete? Cosas grandes, iguales á las divinas; á nada serás forzado; de ninguna cosa tendrás necesidad; serás libre, seguro y sin ofensa; ninguna cosa intentarás en vano; en ninguna hallarás estorbo; todo saldrá conforme á tus deseos; no te sucederá cosa adversa, y ninguna contra tu opinión ó contra tu voluntad. ¿Pues qué diremos? ¿Es por ventura la virtud perfecta y divina suficiente para vivir dichosamente? ¿Pues por qué no lo ha de ser? Antes es superabundante, porque ninguna cosa le hace falta al que vive apartado de los deseos de ellas; porque ¿de qué puede necesitar aquel que lo juntó todo en sí? Mas con todo esto, el que camina á la virtud, aunque se haya adelantado mucho, necesita de algún halago de la fortuna mientras lucha con las cosas humanas y mientras se desata el lazo de la mortalidad. ¿Pues en qué está la diferencia? En que los unos están asidos, presos y amarrados, y el que se encaminó á lo superior, levantándose más alto, trae la cadena más larga, y aunque no está de todo punto libre, pasa plaza de libre.

XVII. Así, que si alguno de éstos, que agavillados ladran á la Filosofía me dijere lo que

suelen: «¿Por qué hablas con mayor fortaleza
 »de la que vives? ¿Por qué humillas tus pala-
 »bras al superior? ¿Por qué juzgas por instru-
 »mento necesario el dinero? ¿Por qué te alte-
 »ras con el daño? ¿Por qué lloras con las nue-
 »vas de la muerte de tu mujer ó tu amigo?
 »¿Por qué cuidas tanto de tu fama? ¿Por qué
 »te alteran las malas palabras? ¿Por qué tie-
 »nes jardines con mayor adorno del que pide
 »el natural uso? ¿Por qué no comes con las
 »leyes que das? ¿Por qué tienes tan lucidas
 »alhajas? ¿Para qué bebes vino de más años
 »que los que tú tienes? ¿Por qué labras casas?
 »¿Por qué plantas arboledas para sólo hacer
 »sombra? ¿Para qué trae tu mujer en sus ore-
 »jas la hacienda de una casa rica? ¿Por qué
 »das á tus criados tan costosas libreas? ¿Por
 »qué has introducido que en tu casa sea
 »ciencia el servir, haciendo que los aparado-
 »res se dispongan, no al acaso, sino con arte?
 »¿Para qué tienes maestro de trinchar las
 »naves?» Añade si te parece: «¿Para qué tienes
 »hacienda en la otra parte del mar? ¿Para qué
 »posees más de lo que conoces? ¿Por qué eres
 »tan torpe ó tan descuidado que no tienes no-
 »ticia de tus pocos criados ó vives tan des-
 »concertadamente que por tener tantos no es
 »suficiente tu memoria á conocerlos?» Yo
 ayudaré y esforzaré después estos baldones

que me das y me haré otros muchos cargos más de los que tú me pones. Pero por ahora te respondo, no como sabio, sino para dar pasto á tu mala voluntad y no lo yerro. «Lo que de presente me pido á mí, no es el ser igual á los mejores, sino el ser mejor que los malos. Bástame el ir cercenando cada día alguna parte de mis vicios y castigando mis culpas. No he llegado hasta ahora á la salud ni llegaré tan presto; busco para la gota, ya que no remedios, al menos fomentos que la disminuyan, contentándome con que venga menos veces y que me amenace menos fiera; y así, comparado con la ligereza de vuestros piés, soy débil corredor.»

XVIII. «No digo esto por mí que me hallo en el golfo de todos los vicios, sino por el que tiene algo de bueno.» Dirásme que hablo de una manera y vivo de otra. Esto mismo fué objetado por malísimas cabezas y enemigas de los buenos á Platón, á Epicuro y á Zenón: porque todos estos hablaron no como vivieron, sino como debieran vivir. «Yo no hablo de mí, sino de la virtud; y cuando digo injurias á los vicios, las digo en primer lugar á los míos. Cuando pudiere viviré como convenga y no me apartará de lo bueno esta malignidad teñida con mucho veneno, ni la ponzoña (que derramáis en otros, conque os matáis á

«vosotros mismos) me impedirá el perseverar
 »en alabar la vida (no la que tengo, sino la
 »que conozco debo tener), ni me hará dejar
 »de adorar la virtud, ni de seguirla, aunque
 «tras ella vaya arrastrando largo trecho. ¿He
 »de esperar por ventura á que haya alguna
 »cosa sin mezcla de malevolencia, de la cual
 »no fuéron reservados ni Rutilio, ni Catón?
 »¿A quién no tendrán por demasiado rico los
 »que tienen por pobre á Demetrio Cínico?»
 ¡Oh, varón fuerte y guerreador contra todos
 los deseos de la naturaleza y por esto más
 pobre que todos los Cínicos! porque con ha-
 verte prohibido el poseer, te prohibió el pedir.
 Niegan que fué harto pobre, porque como ves
 no profesó la ciencia de la virtud, sino sólo-
 mente la pobreza.

XIX. Niegan que Diodoro, filósofo epicúreo
 (que en breves días puso en su propia mano
 fin á su vida) hizo por doctrina de Epicuro el
 cortarse la garganta. Unos afirman que aque-
 lla acción fué locura; otros que temeridad; y
 él entre estas opiniones, dichoso y lleno de
 buena conciencia, se dió á sí mismo testimo-
 nio de la vida pasada y de su loable edad,
 puesta ya en el puerto y echadas las áncoras;
 y entonces dijo lo que vosotros oís contra
 vuestra voluntad: «Viví y pasé la carrera que
 »me dió la fortuna.» Disputáis vosotros de la

vida de uno y de la muerte de otro, y como gozques cuando ven hombres no conocidos, ladráis á la fama de algunos varones señalados por excelentes álabanzas; porque os conviene que nadie parezca bueno, como si la agena virtud fuese baldón de vuestros vicios. Comparáis envidiosos las cosas limpias con vuestras suciedades, sin atender con cuánto daño vuestro os atrevéis. Porque si decís que aquellos que siguen la virtud son avarientos, deshonestos y ambiciosos, ¿qué sois vosotros que aborrecéis el mismo nombre de la virtud? ¿Negáis haber quien ejecute lo que dice y que no viven al modelo de lo que hablan? ¿de qué os maravilláis, si dicen cosas valientes, grandes y exentas de las humanas tormentas, procurando desasirse de las cruces en que vosotros mismos habéis fijado vuestros clavos? y cuando son llevados á la muerte, pende cada uno de sola una cruz; pero aquellos que se maltratan á sí mismo, están en tantos cuantos deseos tienen y siendo mordaces se muestran donairosos en afrenta agena. Dírales yo crédito á no ver que algunos de ellos puestos en el suplicio, escupieron á los que los miraban.

XX. No cumplen los filósofos lo que dicen, pero con todo eso importa mucho lo que dicen y lo que con sana intención conciben; porque

si con los dichos igualaran los hechos, ¿qué cosa pudiera haber para ellos más feliz? Mientras llegan á esto, no es justo desprecies sus buenos consejos, ni sus entrañas llenas de buenos pensamientos; que el tratar de estudios saludables premio merece, aunque no llegue á conseguirse el efecto. ¿De qué te maravillas, si no llegan á la cumbre los que emprendieron cosas arduas? Considera, que aunque callan, son con todo eso varones, que no mirando á las propias fuerzas sino á las de la naturaleza, intentan acciones grandes, emprenden cosas altas, concibiendo en el ánimo empresas mayores de las que pueden hacer aun los que se hallan dotados de espíritu gallardo. ¿Qué persona hay que se haya propuesto á sí las razones siguientes? «Yo con el mismo rostro con-»que condenaré á otros á muerte, oiré la mía. »Yo, fortificando el cuerpo con el ánimo, obedeceré á los trabajos, por grandes que sean. »Yo con igualdad despreciaré las riquezas presentes como las ausentes; no me entristeceré »de verlas en otro, ni me desvanecerá el poseerlas. Yo no haré caso de que venga ó se »ausente la fortuna; miraré todas las tierras »como si fueran mías, y las mías como si fuesen »de todos. Y finalmente, viviré como quien »sabe que nació para los otros; y por esta »razón daré gracias á la naturaleza, que con

»ningún otro medio pudo hacer mejor mi ne-
 »gocio; pues siendo yo uno sólo, me hizo de
 »todos, y con eso hizo que todos fuesen para
 »mí. Todo lo que yo tuviere, ni lo guardaré con
 »escaséz, ni lo derramaré con prodigalidad; y
 »juzgaré que ninguna cosa poseo mejor que lo
 »que doy bien. No ponderaré los beneficios por
 »el número ó peso ni por otra alguna estima-
 »ción, más que por la que tengo del que los re-
 »cibe, y nunca juzgaré ¡ay! demasía en lo que
 »se da al benemérito. No haré cosa alguna por
 »la opinion, harélas todas por la conciencia.
 »Cree ré que lo que hago, viéndolo yo, lo hago
 »siendo de ello testigo todo el pueblo. El fin de
 »mi comida y bebida será solo para cumplir la
 »necesidad de la naturaleza, y no para henchir
 »y vaciar el estómago. Seré agradable á mis
 »amigos, suave y fácil á mis enemigos. Deja-
 »reme vencer antes de ser rogado; saldré al en-
 »cuentro á las justificadas intercesiones. Sabré
 »que todo el mundo es mi patria, y que los
 »dioses presiden sobre mí, y que asisten cerca
 »de mí para ser jueces de mis hechos y dichos;
 »y cada y cuando que la naturaleza volviere á
 »pedirme la vida ó la razón, la soltaré; saldré
 »de ella protestando que amé la buena concien-
 »cia y las buenas ocupaciones, y que á nadie
 »disminuí su libertad, y ninguno disminuyó la
 »mía.

XXI. El que propusiere, intentare y quisiere hacer esto, hará su camino á los dioses; y si no llegare á conseguirlo, caerá por lo menos de intentos grandes. Pero vosotros que aborrecéis la virtud, y á los que la veneran, no hacéis cosa nueva, porque los ojos enfermos siempre temen al sol, y los animales nocturnos huyen del día claro, y entorpeciéndose con su salida se van á encerrar en sus escondrijos, metiéndose en las aberturas de las peñas, temerosos de la luz. Gemid y ejercitad vuestra infeliz lengua en injurias de los buenos; instad y morded; que antes os romperéis los dientes que hagáis presa en ellos. «Decís: »¿Por qué siendo aquél amador de la filosofía, »pasa la vida tan rico? ¿Por qué nos enseña que »se han de despreciar las riquezas y las retiene? ¿que se ha de desestimar la vida y la »conserva? ¿que no se ha de amar la salud y »la procura con tanto cuidado deseándola más »robusta? ¿Por qué diciendo que el destierro »es un vano nombre, y que el mudar provincias no tiene cosa que sea mala se envejece »en la patria? ¿Por qué cuando juzga que no »hay diferencia de la edad larga á la corta, procura (si no hay quien se lo impida) alargar »la suya, viviendo contento con vejez larga?» Respondoos que estas cosas se han de despreciar, no para no tenerlas, sino para que el te-

nerlas no sea con solicitud. No las desechará de sí, antes cuando se le fueren, las seguirá seguro. Porque, ¿en quién podrá depositar mejor la fortuna sus riquezas que en aquel que cuando se las pidiere se las volverá sin quejas? Cuando alababa Marco Catón á Curio y á Corruccano, y el siglo en que se juzgaba por crimen concerniente al censor, el tener algunas pocas medallas de plata, poseía él cuatrocientos sextercios; menos eran sin duda de los que tenía Creso: pero muchos más de los que tuvo Catón Censor. Y si se hace comparación, se hallará que Marco Catón se aventajó en más cantidad á la que tuvo su abuelo, que en la que se le aventajó á él Creso. Y si hubiera conseguido mayores riquezas, no las hubiera desechado, porque el sabio no se juzga indigno de cualesquier dádivas de la fortuna; y aunque admite las riquezas, no pone en ellas su amor, y no les da alojamiento en el ánimo, aunque se lo da en su casa; y después de poseídas, si bien las desprecia, no las desecha, antes las guarda, holgándose tener mayor materia para su virtud.

XXII. ¿Qué duda puede haber de que el varón sabio tendrá más ocasiones para mostrar su ánimo en las riquezas que en la pobreza? Porque en ésta hay un sólo género de virtud, que es el no abatirse ni rendirse. Pero

las riquezas tienen un ancho campo en que poder espaciarse, en la templanza, en la liberalidad, en la diligencia, en la disposición y en la magnificencia. El sabio, aunque sea de pequeña estatura, no hará desprecio de sí; pero con todo esto se holgará ser de gallardo talle; y cuando sea flaco de cuerpo y tuerto de un ojo, se tendrá por sano; pero no obstante esto, deseará tener mayor robustéz. Y este deseo será con tal templanza, que aunque sabe que puede haber mayor salud, sufrirá la mala disposición, codiciando la buena. Porque aunque hay algunas cosas que añaden poco á las sumas y se pueden quitar sin daño del sumo bien, con todo eso aumenta algo al perpétuo contento que nace de la virtud. Aficionan y alegran las riquezas al sabio, al modo que al navegante el quieto y próspero viento y el buen día y el lugar abrigado para las lluvias y frío. ¿Cuál de los sabios (de los nuestros hablo, para los cuales la virtud sola es el sumo bien) negará que estas cosas que llamamos indiferentes tienen en sí algo de estimacion y que unas son mejores que otras? A unas de ellas se atribuye alguna parte de honor, á otras mucha. No yerres en esto, advirtiéndote que las riquezas se reputan entre las cosas mejores. Dirásme: ¿por qué, pues te burlas de mí, si ellas tienen cerca de tí el mismo lugar que

conmigo? ¿Quieres que te desengañe de que no tienen el mismo lugar? Si á mí se me escaparen las riquezas, no me llevarán más que á sí mismas; pero si se te huyeren á tí, quedarás atónito y juzgarás que has quedado sin tí. En mí llegarán á tener alguna estimación, pero en tí la suprema; y finalmente, las riquezas serán mías, pero tú serás de las riquezas.

XXIII. Deja, pues, de prohibir á los filósofos las riquezas, que nadie condenó á la sabiduría á que fuese pobre. Podrá el filósofo tener grandes riquezas, pero serán no quitadas á otros ni manchadas con sangre ajena; tendrálas y serán adquiridas sin injuria de otros y sin ganancias suyas, y en él será igualmente buena la salida como lo fué la entrada. Ninguno sino el envidioso gemirá por ellas; y por más que las exageres de que son grandes, has de confesar que son buenas, pues habiendo en ellas muchas cosas que todos desearan fueran suyas, no se hallará alguna de que se pueda decir que lo es. El sabio no apartará de sí la benignidad de la fortuna y no se desvanecerá ni se avergonzará con el patrimonio adquirido por medios lícitos; antes tendrá de qué gloriarse, si haciendo patente su casa y dando lugar á que en ella entre toda la ciudad pudiere pregonar que cada uno lleve

lo que conociere ser suyo. ¡Oh, varón grande, justamente rico, si conformaren las obras con el pregón, y si después de haberlo pregonado quedaren todos los bienes que antes tenía! Quiero decir, si con toda seguridad, habiendo admitido al pueblo al escrutinio de sus riquezas no tuviere quien halle en su casa cosa de que poder echar mano. Este tal, con osadía y publicidad podrá ser rico; y como el sabio no ha de permitir entre por los umbrales de su casa un maravedí adquirido por malos medios, así tampoco repudiará ni desechará las grandes riquezas que fueren dádiva de la fortuna y fruto de la virtud. ¿Qué razón hay para que él mismo envidie el verlas colocadas en buen lugar? Vengan, pues, y sean admitidas, que ni hará jactancia de ellas, ni las esconderá, que lo primero es de ánimo ignorante y lo otro de tímido y corto, como el del que tiene encerrado en el seno un gran tesoro: no conviene, pues, echarlas de su casa. Porque para hacerlo, ¿qué les ha de decir? Diráles por ventura: «¿Idos, porque sois inútiles, ó porque me falta capacidad para usar de vosotras?» Sucederá lo que al que teniendo fuerzas para hacer su viaje á pié holgaría más de hacerle en un coche. Así el sabio si pudiere ser rico holgará de serlo, pero tendrá á las riquezas como bienes ligeros y que

con facilidad se vuelan; y no consentirá que para sí, ni para otros sean pesadas. ¿Qué dará? ¿Alargastes las orejas para oirlo y desembarazastes el seno para recibirlo? Dará, pero será á los buenos ó á los que pudiere hacer bnenos. Dará con sumo acuerdo, y para dar, elegirá los más dignos, como aquel que sabe ha de dar cuenta de lo recibido y de lo gastado. Dará por causas justificadas, conociendo que las dádivas mal colocadas se cuentan entre las torpes pérdidas. Tendrá la bolsa fácil, pero no rota, de la cual saldrá mucho sin que se caiga nada.

XXIV. Yerra el que piensa que el dar es acción fácil; mucho tiene de dificultad el dar con juicio, y no derramar al acaso y con ímpetu. Con las dádivas grango á éste, pago al otro; á éste socorro, de aquél me compadezco; al otro adorno, haciendo que la pobreza no le destruya ni le tenga impedido. A algunos dejaré de dar, aunque les falte, conociendo que por mucho que les dé les ha de faltar: á otros les ofreceré, á otros celmaré. No podré en esto ser descuidado, porque nunca con mayor gusto hago obligaciones que cuando reparto dádivas. Dirasme: pues ¿qué haces en esto, si das para volver á recibir y nunca para pedir? Aunque la dádiva se ha de poner en parte que no se haya de volver á pedir, háse de poner don-

de ella pueda volver. Colóquese el beneficio como el tesoro escondido en parte secreta, que no le saques si no es cuando la necesidad te obligare. ¡Qué gran cosa es ver la casa de un varón rico! ¡Cuántas ocasiones tiene de hacer bien! ¿Quién llama liberalidad la que sólo se hace con los Togados? La naturaleza manda que ayudemos á los hombres; ¿pues qué importa sean esclavos ó libres, nobles ó libertinos, y que éstos lo sean ó por justa libertad ó por la dada entre amigos? Donde quiera que hay hombre, hay lugar de hacer beneficio. Podrá también distribuir su dinero dentro de su misma casa y ejercitar en ella su liberalidad: la cual no se llama liberalidad, porque se debe á los hombres libres, sino porque el dar sale siempre de ánimo libre, y nunca la ejercitan los sabios con personas torpes é indignas, ni jamás se halla tan agotada, que si llegare algún benemérito, deje de manar como si estuviera llena. No hay, pues, para qué sintáis mal de lo que virtuosa, fuerte y animosamente, dicen los amadores de la sabiduría. Y ante todas cosas, advertid que es diferente el ser amador de la sabiduría ó haberla ya conseguida. El primero te dirá: «Yo hablo bien, pero hasta ahora estoy envuelto en muchos males; no me pidas que viva conforme á mi doctrina, cuando estoy formán-

»dome y levantándome para ser después un
 »grande dechado, si llegare á conseguirlo,
 »como lo he propuesto; pídemme entonces que
 »correspondan los hechos con las palabras.»
 Pero el que ya llegó á conseguir la perfección
 del bien humano, tratará contigo de otra suer-
 te, y te dirá que ante todas cosas no te tomes
 licencia de juzgar á los mejores que tú. Dirá-
 te así mismo: «A mí ya me ha tocado el des-
 »agradar á los malos, que es argumento de
 »que no lo soy; pero para darte razón de cuán
 »poca envidia tengo á ninguno de los mortá-
 »les, escucha lo que te prometo y lo que á
 »cada uno estimo. Niego que las riquezas son
 »bien, porque si lo fueran, hicieran buenos; y
 »como no se puede llamar bien el que así
 »mismo le tienen los malos, niégoles este
 »nombre.» Pero tras todo eso confieso que se
 han de tener, y que son útiles y que acarrear
 grandes comodidades á la vida.

XXV. ¿Pues qué razón hay para no poner-
 las entre los bienes, y qué cosa les atribuyo
 más que vosotros, pues todos convenimos en
 que es bueno tenerlas? Oíd, ponedme en una
 casa muy rica, y en ella mucho oro y plata
 para igual uso. No me estimaré por estas
 cosas, porque aunque están cerca de mí, están
 fuera de mí. Llevadme asimismo á pedir li-
 mosna á la puente de madera y apartadme

entre los mendigos, que no me desestimaré por verme sentado entre los que extienden la mano al socorro. Porque al que no le falte la facultad de poder morirse, ¿qué le importa que le falte un pedazo de pan? ¿Pues qué culpa hay en desear más aquella casa rica, que la miseria de la puente? Ponedme entre alhajas resplandecientes y delicadas, que no por eso, ni porque mis vestidos sean más suaves, ni porque en mis convites se pongan alfombras de púrpura, me juzgaré más feliz; ni al contrario me tendré por desdichado, si reposare mi cansada cervíz sobre un manojo de heno, ó sobre lana circense que se sale por las costuras de los viejos colchones. ¿Pues qué hay en esto? Que quiero más mostrar mi ánimo estando vestido con ropa retexta que no con las espaldas desnudas. Para que todas las cosas me sucedan conformes á mis deseos, vengan unos parabienes tras otros, que no por eso tendré más agrado de mí. Múdense al contrario esta liberalidad del tiempo y por una y otra parte sea combatido el ánimo, ya con pérdidas, ya con llanto, ya con varios acontecimientos, sin que haya un instante sin quejas, que no por eso metido entre miserias, me llamaré desdichado ni maldeciré el día, porque yo tengo hecha prevención para que ninguno me sea nublado. ¿Cómo ha de ser esto?

porque quiero más templar los gozos, que en-
 frenar los dolores. Diráte Sócrates estas razo-
 nes: «Hazme vencedor de todas las gentes y
 »desde el nacimiento del sol hasta Tebas, me
 »lleve triunfante el delicado coche de Baco;
 »pídanme leyes los reyes de Persia, que con
 »todo esto, cuando en todas partes me reve-
 »renciaren como á Dios, conoceré que soy
 »hombre.» Junta luego á esta grande altura
 una precipitada mudanza, diciendo: «Que he
 »de ser puesto en ageno ataúd, habiéndome
 »de despojar de la pompa de soberbio y fiero
 »vencedor; que no por eso iré más desconso-
 »lado asido al ageno coche, de lo que estuve
 »en el mío, pero tras todo esto deseo más
 »vencer que ser cautivo. Yo despreciaré todo
 »el reino de la fortuna, pero si me dieren á
 »escoger, elegiré lo mejor de él. Todo lo que
 »en mi poder entrare, se convertirá en bueno.
 »Pero con todo esto, quiero venga lo más
 »suave y más deleitable y lo que ha de dar
 »menor vejación al que lo hubiere de pasar.»
 No juzgues que hay alguna virtud sin trabajo,
 si bien hay algunas que necesitan de espuelas
 y otras de frenos, al modo que el cuerpo
 cuando baja algunas cuestas, se ha de ir dete-
 niendo, y cuando las sube se ha de impeler;
 así hay unas virtudes que bajan las cuestas y
 otras que las suben. ¿Podráse dudar que su-

ben, forcejean y luchan la paciencia, la fortaleza, la perseverancia y cualquiera otra virtud de las que se oponen á las cosas ásperas y huellan á la fortuna? ¿Y por ventura, no es igualmente manifesto, que caminan cuesta abajo la liberalidad, la templanza y la mansedumbre? En éstas detenemos el ánimo para que no caiga, en las otras le exhortamos é incitamos. Arrimaremos, pues, á la pobreza las virtudes más valientes y las que acometidas son más fuertes, y á la riqueza las más diligentes y las que poniendo el paso detenido sustentan su peso.

XXVI. Hecha esta división, querría yo más para mí aquellas virtudes que puedo ejercitar con mayor tranquilidad, que no las otras cuyo trato es sangre y sudor. Luego yo (dirá el sabio), no vivo de diferente manera de la que hablo; vosotros sois los que entendéis lo contrario de lo que digo, porque á vuestros oídos llega sólomente el sonido de las palabras y no inquirís lo que significan. Dirasme, pues, ¿qué diferencia hay de mí, que soy ignorante, á tí que eres sabio, si entrambos codiciamos tener mucho? Que las riquezas que tuviere el sabio estarán en esclavitud y las que tuviere el ignorante en imperio. El sabio no permite cosa alguna á las riquezas y ellas os permiten á vosotros todas las cosas. Vosotros os

acostumbráis y arrimáis á ellas como si hubiera alguno que os hubiera concedido su perpétua posesión. El sabio, cuando se halla en medio de las riquezas, medita más en la pobreza. El Capitán general jamás confía tanto de la paz que no se prevenga para la guerra, que si ésta no se hace está por lo menos intimada. A vosotros os desvanece la hermosa casa como si no pudiera quemarse ó caerse. A vosotros os hacen insolentes las riquezas, como si estuvieran exentas de todos los peligros y como si fueran tales que faltaran fuerzas á la fortuna para consumirlas. Vosotros, estando ociosos, jugáis con vuestras riquezas sin prevenir los riesgos de ellas, sucediéndos lo que á los bárbaros, que encerrados en sus murallas é ignorantes de las máquinas militares, miran perezosos el trabajo de los que los tienen sitiados, sin entender á qué se encamina lo que tan lejos se previene. Lo mismo os sucede á vosotros, que os marchitáis en vuestras cosas sin atender á los varios sucesos que de todas partes os amenazan para llevarse muy pronto los más preciosos despojos. Al sabio, cualquiera que le quite sus riquezas, le dejará todos sus bienes, porque vive contento con lo presente y seguro de lo futuro. Ninguna otra cosa es la que Sócrates y los demás que tienen el mismo dere-

cho y potestad sobre las cosas humanas dicen, si no estas: «Héme resuelto á no sujetar las acciones de mi vida á vuestras opiniones; »juntad de todas partes vuestras acostumbradas palabras, que yo no me daré por entendido que me decís injurias, si no que »como niños cuitados lloráis.» Esto es lo que dirá aquel á quien cupo en suerte el ser sabio; aquel á quien el ánimo libre de culpas le obliga á reprender á los otros, no por odio, sino por remedio, dirales: «Vuestra afirmación, no en mi nombre, sino en el vuestro, »es la que me mueve, porque el aborrecer y »ofender á la virtud es un apartamiento de »toda buena esperanza. Ninguna injuria me »hacéis como no la hacen á los dioses en sus »personas los que derriban sus altares, aunque muestran su mala intención y su mal »consejo donde no pueden hacer ofensa. De »la misma manera sufro vuestros errores »como Júpiter Optimo Máximo sufre los disparates de los poetas, uno de los cuales le »puso alas, otro cuernos, otro le introduce »adúltero y trasnochador, otro le hace cruel »contra los dioses, otro injusto con los hombres, otro arrebatador y violador de nobles, »hasta de sus propios parientes, otro matador »de su padre y conquistador del ageno y paterno reino. Los cuales en esto no cuidaron

»de otra cosa más que de quitar á los hom-
 »bres la vergüenza de pecar con creer que
 »habían sido tales sus dioses. Mas aunque
 »todas estas cosas no me hacen lesión, con
 »todo esto, por lo que os toca, os amonesto que
 »admitáis la virtud: creed á los que la han
 »seguido mucho tiempo y dicen á voces que
 »han seguido una cosa grande y que cada día
 »descubre ser mayor. Reverenciadla como á
 »los dioses y estimad como á prelados los pro-
 »fesores de ella, y siempre que hicieren men-
 »ción de letras sagradas, ayudad sus lenguas
 »y hasta en palabra ayudad; no digo que les
 »deis favor, sino encomiéndaseos en ella el
 »silencio para que se pueda celebrar digna-
 »mente lo sagrado sin que haya alguna mala
 »voz que lo interrumpa.»

XXVII. Y esto es más necesario encargá-
 roslo para que siempre que de aquel oráculo
 saliere algo, lo oigáis atento y con silencio.
 Cuando alguno, tocando el pandero, os mien-
 te por ser mandado, y cuando algún artifice
 de herirse en las espaldas ensangrienta con
 mano suspensa los brazos y los hombros, y
 cuando alguno caminando de rodillas por las
 calles aulla, y cuando el viejo vestido de lien-
 zo, sacando en medio del día el laurel y la luz,
 da voces diciendo que alguno de los dioses está
 enojado, concurrís todos y le oís, y guardando

un mudo pasmo, afirmáis que es varón santo. Veis aquí á Sócrates, que desde aquella cárcel (que la purgó con entrar en ella y la hizo más honrosa que los insignes palacios) clama diciendo: «¿Qué locura es esta? ¿Qué inclinación tan enemiga de los dioses y de los hombres es infamar las virtudes y con malignas razones desacreditar las cosas santas? Si lo podéis acabar con vosotros, alabad á los buenos, y si no, por lo menos dejadlos. Y si tenéis intento de ejecutar esa mala inclinación, embestíos unos á otros, porque cuando os enfurecéis contra el cielo no os digo que hacéis sacrilegio, sino que perdéis el trabajo. Alguna vez dí yo á Aristófano materia de entretenimiento, y toda aquella caterva de poetas cómicos derramó contra mí sus venenosos dictérios y donáires, y mi virtud se ilustró con lo que ellos pretendieron herirla, porque le está muy á cuento el ser desafiada y tentada, y ninguno conoce cuán grande sea como los que desafiándola experimentaron su valentía. Ninguno conoce tan bien la dureza del pedernal como el que le hiere. Yo me entrego á vosotros no de otra manera que un peñasco destituido y solo en el abaja mar que le están continuamente combatiendo las olas por todas partes alteradas, y no por eso le mueven de su puesto, ni con

»sus continuos acometimientos en tantos si-
 »glos le deshacen. Acometed y asaltad con
 »ímpetu, que con sufiros os he de vencer.
 »Todo aquello que se encuentra en las cosas
 »firmes é insuperables, prueba con daño suyo
 »sus fuerzas, y así buscad alguna materia
 »blanda y sujetable en que se claven vuestras
 »flechas. Os halláis, por ventura, desocupados
 »para inquirir los males ajenos y hacer cen-
 »sura de cada uno, diciendo: ¿Por qué este
 »filósofo tiene tan grande casa? ¿Por qué come
 »tan espléndidamente? Miráis los ajenos lo-
 »vanillos estando vosotros llenos de llagas,
 »como el que estando atormentado de lepra
 »se ríe de las berrugas ó lunares de los cuer-
 »pos hermosos. Objetad á Platón que pidió
 »dineros á Aristóteles, que los recibió; á De-
 »mócrito que los despreció, á Epicuro que los
 »gastó, y objetadme á mí las costumbres de
 »Alcibiades y Fedro, que cuando llegáreis
 »á imitar nuestros vicios seréis dichosos. Pero
 »mayor inclinación tenéis á los vuestros que
 »por todas partes os hieren: los unos os cer-
 »can por de fuera y otros están ardiendo en
 »vuestras entrañas. No están las cosas huma-
 »nas en estado (aunque conocéis poco el vues-
 »tro) que haya tan sobrado ocio que os dé
 »tiempo para desplegar las lenguas con opro-
 »bio de otros.»

XXVIII. «Vosotros no entendéis estas cosas y mostráis el rostro diferente de vuestra fortuna, como sucede á muchos, que estando sentados en el coso ó en el teatro, está su casa con alguna muerte, sin que haya llegado el mal á su noticia. Pero yo, mirando desde alto, veo las tempestades que amenazan y poco después han de romper en lluvias tan vecinas, que si se acercaren más han de arrebatarse á vosotros ó á vuestras cosas. ¿Qué diremos de esto? ¿Por ventura, aunque sentís poco, no es un cierto torbellino el que trae en rueda vuestros ánimos, poniéndoos estorbos cuando huís y arrebatándoos cuando buscáis las mismas cosas, ya levantándoos en alto y ya derribándoos á los abismos? ¿Por qué, pues, nos abonáis los vicios con el común consentimiento?» Aunque no intentemos cosa alguna que no sea saludable, con todo esto es conveniente el retirarse cada uno en sí mismo, pues retirados seremos mejores. ¿Por qué, pues, no ha de ser lícito allegarnos á algunos varones buenos, y elegir algún buen ejemplar por donde encaminar nuestra vida? Entonces se podrá conseguir lo que una vez agradó, cuando no interviniera alguno, que ayudado del pueblo tuerza la inclinación que está débil, y entonces podrá continuar la vida, que la desmembramos con diversísimos intentos. Porque

entre los demás males es el más pésimo el andar variando de vicios, con lo cual aún nunca nos sucede perseverar en la culpa conocida; un mal nos agrada y nos fatiga por otro, con lo cual nuestros juicios no sólo son malos, sino mudables. Andamos siempre fluctuando, y haciendo de unas cosas y de otras, dejamos lo que pretendimos y pretendemos lo que ya dejamos, andando en continuas mudanzas entre nuestros deseos y nuestro arrepentimiento, y esto nace de que estamos pendientes de ajenos pareceres, y tenemos por bueno aquello á que vemos hay muchos que aspiran, y muchos que lo alaban, y no aquello que debiera ser pretendido y alabado, y no juzgamos si el camino que seguimos es bueno ó es malo, sino por la cantidad de las huellas, sin que en ellas haya alguna de los que vuelven. Dirásme: «¿Qué haces, Seneca? ¿apartarte de tu profesión?» Ciertamente nuestros estóicos dicen: «Nosotros hasta el último fin de la vida »hemos de trabajar sin dejar de cuidar del »bien común, y de ayudar á todos, y de socorrer aun á los enemigos y de obrar con »nuestras manos. Nosotros somos los que á »ninguna edad damos descanso, haciendo lo »que dijo el otro varón discretísimo cubriendo las canas con el morrión. Nosotros »somos los que hasta en la muerte no tenemos

»descanso; de tal manera, que si pudiese ser, aun la misma muerte no será ociosa. ¿Para qué nos dices los preceptos de Epicuro, en los principios de Zenón? Respóndote, que antes tú con harta diligencia si te arrepientes de seguir una doctrina huyes de ella sin hacerle traición. ¿Quieres por ventura más que yo procure imitar á nuestros capitanes? ¿Pues qué se seguirá de esto? que iré no adonde me enviaren, sino adonde me guiaren.

XXIX. Con esto te pruebo, que yo no me aparto de los preceptos de los estóicos, ni ellos se apartan de los suyos; y con todo esto estaría escusadísimo si no siguiese su doctrina, sino sus ejemplos. Dividiré lo que digo en dos partes: lo primero, para que cada uno pueda, aun desde su primera edad, entregarse todo á la contemplación de la virtud y buscar el camino de vivir siguiéndolo en secreto. Después, para que hallándose ya jubilado en la edad cansada, pueda con buen derecho hacer y pasar los ánimos de otros á otras acciones, al modo que las vírgenes vestales, las cuales, dividiendo sus años en las ocupaciones aprenden sus cosas sagradas y después las enseñan.

XXX. Haré demostración de que estas cosas agradan también á los estóicos, y no será por haberme puesto ley de no haber de em-

prender cosa alguna contra la doctrina de Zenón ó Crisipo, sino porque la misma materia permite que yo siga su opinión; porque el que se arrima siempre á la doctrina de uno, mira más á bandos que á la vida. Ojalá se manifestasen todas las cosas y la verdad estuviese sin velo y sin que alterásemos algo de sus decretos. Ahora andamos buscándola con los mismos que la enseñan. En esto disienten las dos grandes sectas de los epicúreos y estoicos, aunque la una y la otra encaminan al descanso por diferentes vías. Epicuro afirma que el sabio no se ha de allegar á la República si no es con alguna ocasión forzosa. Zenón dice, que se allegue no habiendo causa precisa que se lo impida. El uno busca el descanso en el intento y el otro en la causa. Pero la causa tiene mucha latitud, como es cuando la República está tan perdida y tan enviciada en males que no puede ser socorrida, y entonces no ha de porfiar en vano el sabio, ni se ha de consumir en lo que no ha de aprovechar, faltándole autoridad ó fuerzas, ó si conociere que la República no le ha de admitir, ó si se lo impidiere su poca salud: y al modo que no echaría al mar la nave rota ni se asentaría á la milicia faltándole fuerzas, así tampoco se arrimará á la vida á que no fuere suficiente. Aquel, pues, cuyas cosas están enteras sin

haber experimentado las tormentas, podrá hacer pié en lo firme y seguro entregándose desde luego á las buenas artes y procurando aquel dichoso ocio, siendo reverenciador de aquellas virtudes que pueden ser ejercitadas aun de los más retirados. Lo que se pide al hombre es, que aproveche á los hombres; si pudiere, á muchos, y si no, á pocos; y si no pudiere á pocos, que sea á sus más cercanos, y si no, á sí mismo; porque cuando se hace útil para los demás hace el negocio común; y cuando se hace malo, no sólo se daña á sí, sino también á todos aquellos á quien siendo bueno pudiera aprovechar. El que vive bien, con sólo eso es útil para otros, porque los encamina á lo que les ha de ser provechoso.

XXXI. Consideremos en nuestro entendimiento dos Repúblicas, una grande y verdaderamente pública, en la cual son comprendidos los dioses y los hombres, donde no miramos á ésta ó aquella parte, sino antes medimos con el sol los términos de nuestra ciudad. La otra, es aquella en que nos puso el estado de nuestro nacimiento, como es el ser ateniense ó cartaginense ó de otra cualquier provincia que no pertenezca en común á todos los hombres, sino á pocos en particular. Hay algunos que á un mismo tiempo sirven á entrambas Repúblicas, mayor y me-

nor; otros, á sola la menor, y otros á sola la mayor; y á ésta podemos servir en el ocio; y pienso que mejor en él, para poder averiguar qué cosa sea la virtud; y si es una sola ó son muchas; y si es la naturaleza ó el arte la que hace buenos á los hombres; si es uno lo que comprende el mar y las tierras y lo contenido en las tierras y en el mar, ó si esparció Dios muchos cuerpos de esta calidad. Si la materia de que son engendradas todas las cosas es una, si es continua y llena ó dividida, si lo inane y vacío está mezclado con lo sólido; si mira Dios sus obras sentado; si las trata y cerca por de fuera ó asiste interiormente en ellas; si el mundo es inmóvil ó si se ha de contar entre las cosas caducas que nacieron para tiempo limitado. El que contempla estas cosas ¿qué es lo que da á Dios? Dá-le, el que tantas y tan soberanas obras salidas de sus manos no estén sin testigos. Solemos decir que el sumo bien es vivir según los preceptos de la naturaleza, y ésta nos engendró para acción y contemplación: hagamos ahora evidencia de lo que al principio propusimos.

XXXII. ¿Por ventura esto no estará suficientemente probado, si cada uno consultare consigo los deseos que tiene de saber lo no conocido, moviéndose con cualesquier nuevas? Algunos navegan y sufren los trabajos de pro-

lijas navegaciones, teniendo por premio el conocimiento de alguna cosa remota y no conocida. Este deseo es el que junta los pueblos en los espectáculos; éste el que obliga á investigar lo más oculto, á inquirir lo más secreto, á revolver las antigüedades, á oir las costumbres de naciones bárbaras. Diónos la naturaleza un ingenio curioso, y como aquella que sabía su grande arte y hermosura, nos engendró para que asistiésemos á los varios espectáculos de las cosas por no perder el fruto de su trabajo, ni dejar que la soledad fuese sola la que gozase de obras tan excelentes, tan sutiles, tan resplandecientes y por tan diferentes modos hermosas. Y para que conozcas que ella no sólo quiso ser mirada, sino atendida con cuidado, advierte el lugar en que nos puso, que fué en medio de sí misma, dándonos la vista de todas las cosas, y no sólo levantó derecho al hombre, sino que, habiéndole criado para contemplación y para que pudiese atender á las estrellas, que desde el Oriente corren al Ocaso, y para que con todo el cuerpo pudiese rodear la vista, le formó la cabeza en lo alto y se la puso en cuello flexible. Demás de esto quiso resplandeciesen seis signos de día y seis de noche, y ninguna cosa encubrió para que por las que ofreció á los ojos despertase deseos de las demás, que aunque

no hemos visto tantas como hay, nuestro entendimiento se abre camino investigando, y echa fundamentos á la verdad para que la averiguación pase de lo conocido á lo no conocido y entienda hay alguna cosa más antigua que el mundo y de donde salieron estas estrellas, y el estado que tuvo el universo antes que las cosas fuesen separadas á sus sitios. Cuál razón fué la que dividió las cosas sumergidas y confusas; quién fué el que les señaló sitios para que las pesadas bajasen por su propensión y las ligeras subiesen, si por el mismo peso de los cuerpos hubo alguna superior fuerza que diese leyes á las cosas; si es verdadera aquella doctrina que yo apruebo, que los hombres son una parte de espíritu divino, que como centellas de lo sagrado bajaron á la tierra saliendo de ageno lugar. Nuestro pensamiento penetra los alcázares del cielo, y sin contentarse con saber lo que se alcanza con la vista, inquiere aquello que está fuera del mundo; si acaso es alguna profunda anchura, ó si está también encerrada en límites y términos. Qué sér tienen los excluidos, si son sin forma y confusos, ó si gozan cada uno de sitio distinto, y si también aquellas cosas están por ventura asignadas para alguna veneración; si están arrimadas á este mundo, ó apartadas lejos de él, revolviéndose en parte

vacía. Si son individuales aquellas cosas, por las cuales se ordena todo lo nacido y todo lo que ha de nacer; si su materia es continua ó mudable en todo; si son contrarios entre sí los elementos, ó sin hacerse repugnancia conspiran por diversas causas. El que nació para investigar estas cosas, juzgue que no ha recibido mucho tiempo, aunque lo reserve todo para sí, sin consentir que por facilidad ó negligencia se le usurpe alguna parte, conservando sus horas con toda avaricia, y aunque lo continúe hasta los últimos terminos de la edad humana, sin que la fortuna le desmoro- ne alguna parte de lo que la naturaleza le dió; con todo eso es el hombre con demasía mortal para poder llegar al conocimiento de las cosas inmortales. Yo vivo según la naturaleza, si me entrego de todo punto á ella, y si soy admirador y reverenciador suyo, ella me mandó que atendiese á entrambas cosas á obrar y á estar desocupado para la contemplación; lo uno y lo otro hago, porque la contemplación no puede subsistir sin acción. Pero dirásme que conviene averiguar si se le arrima por causa del deléite, sin pretender de ella más que una continua contemplación, de la cual no se puede salir porque es muy dulce y tiene sus halagos. A esto te respondo, que importa ver el ánimo con que pasas la vida civil, si es

para andar siempre inquieto, sin tomar el tiempo necesario para pasar la vista de las cosas humanas á las divinas, no siendo digno de aprobación el apetecer las cosas sin ningún amor de las virtudes, y sacando desnudas las obras sin cultura del ingenio, porque todas estas cosas deben mezclarse y unirse.

De esta misma manera es la virtud, que recostada en el ocio es un imperfecto y flaco bien, que jamás da muestras de lo que aprendió. ¿Quién niega que debe aquél mostrar sus aprovechamientos en las obras? Y no sólo ha de meditar lo que debe hacer, sino que alguna vez ha de ejercitar las manos y reducir á ejecución lo que meditó. ¿Pero qué diremos cuando la dilación no consiste en el sabio? porque muchas veces sin que falte agente, suelen faltar las cosas en que se ha de hacer; ¿permitirásle por ventura estar solo? ¿Con qué ánimo se aparta el sabio al ocio para que entienda, que aun estando á solas consigo, ha de hacer tales cosas que sean provechosas á los venideros? Nosotros somos ciertamente los que decimos que Zenón y Crisipo hicieron mayores cosas que si hubieran gobernado ejércitos, tenido honores y promulgado leyes, pues no las hicieron para una ciudad sola, sino para todo el género humano. ¿Por qué, pues, tal ocio como este, no ha de

ser decente al varón bueno que dispone en él el bien de los siglos venideros y no predica á pocos, sino á todos los hombres de cualquier nación? En resolución te pregunto si Cleantes, Crisipo y Zenón vivieron conforme á su doctrina. Responderásme, sin duda, que vivieron en la misma forma que dijeron se había de vivir, y tras esto ninguno de ellos gobernó la República. También me dirás que esto fué porque no tuvieron aquella fortuna ó estado que suele ser admitido al manejo de las cosas públicas; pero que con todo esto no pasaron la vida ociosa, pues hallaron camino como su ocio fuese á los Lombres más provechoso que el trabajo y sudor de otros, según lo cual parece que éstos hicieron mucho, aunque no tuvieron ocupación pública. Demás de esto hay tres géneros de vida, entre los cuales se suele inquirir cuál sea el mejor; uno está desembarazado para el deléite, otro para la contemplación y otro para la acción. Dejando aparte toda esta disputa y el odio que intimamos á los que seguían diversa opinión, veamos si estas cosas se ajustan al primer género con uno ó con otro título. El que aprueba el deléite no está sin contemplación, ni el que se da á la contemplación está sin deléite, ni el otro cuya vida está destinada á la acción, carece de contemplación. Dirásme que hay

mucha diferencia en que una cosa sea el objeto que se propone ó añadidura de él. Grande es por cierto la diferencia, pero con todo esto no está lo uno sin lo otro; porque ni aquél contempla sin acción, ni éste hace sin contemplación; ni el otro tercero, de quien comunmente sentimos mal, aprueba al deléite holgazán, sino al que con la acción hace firmes á los hombres, según lo cual, aun esta secta de los que buscan el deléite, consiste en acción. ¿Cómo no ha de consistir en acción si el mismo Epicuro dice que tal vez se apartará del deléite y apetecerá el dolor? y esto será si amenazare arrepentimiento al deléite, ó si en lugar de un grande dolor, se eligiere otro menor. Para que se vea que la contemplación agrada á todos, unos la buscan y nosotros la tenemos y no como puerto. Añade, que por la doctrina de Crisipo es lícito vivir en ocio; no digo que éste se padezca, sino que se elija. Dicen los nuestros que el sabio no se ha de arrimar á cualquier República; pues ¿qué diferencia habrá en que el sabio goce de ocio, por no ser admitido de la República ó porque él no la quiere, siendo ordinario faltar á muchos la República, y más continuamente á los que con ansias la buscan? Pregunto, ¿á cuál República se allegará el sabio? ¿Será por ventura á la de los atenienses, en que fué

condenado Sócrates, y por no serlo huyó Aristóteles? ¿Y dónde la envidia oprime las virtudes? Dirás que el sabio no ha de ir á esta República; ¿irá, pues, á la de los cartagineses, donde es continua la sedición? siendo dañosa la libertad á cualquier varón bueno, donde lo útil es la suma de lo justo, donde hay para los enemigos crueldad inhumana y enemistad con sus mismos naturales. También huirá el sabio de esta República, y si una por una me pongo á contarlas todas, no hallaré alguna que admita los sabios, ni que los sabios la sufran. Pues si no se halla aquella República que nosotros fingimos, vendrá á ser á todos necesario el ocio, porque en ninguna parte se halla lo que se debe preferir á él. Cuando alguno afirma que es bueno navegar en mar donde hay tormentas y donde las continuas y repentinas tempestades llevan al piloto á contraria parte, pienso que éste tal mientras me alaba la navegación me prohíbe el des-
ancorar la nave.

DE LA TRANQUILIDAD DEL ANIMO

Á SERENO

I. Haciendo de mí exámen en mí, ¡oh, amigo Sereno! se me manifestaron unos vicios tan descubiertos, que casi se podían cortar con la mano, y otros más escondidos y no continuados, sino que á ciertos intervalos volvían, y á éstos los tengo por molestísimos, porque como enemigos vagos asaltan en las ocasiones sin dar lugar á estar prevenidos como en tiempo de guerra ni descuidados como en la paz. Hállome en estado (justo es confesarte la verdad como a médico) que ni me veo libre de estas culpas que temía y aborrecía, ni me hallo de todo punto rendido á ellas. Véome en tal disposición, que si no es la peor es por lo menos lamentable y fastidiosa. Ni estoy enfermo, ni tengo salud, y no quiero

que me digas que los principios de todas las virtudes son tiernos y que con el tiempo cobran fuerzas, porque no ignoro que aun las cosas en que se trabaja por la estimación, como son las dignidades y la fama de elocuentes con todo lo demás que pende de parecer ageno se fortifica con el tiempo, y que así las cosas que tienen verdaderas fuerzas como las que se dejan sobornar con alguna vanidad, esperan á que poco á poco las dé color la duración. Tras esto recelo que la misma costumbre que suele dar constancia á las cosas, no me introduzca más en lo interior los vicios. La conversación larga así de bienes como de males, engendra amor. Cuál sea esta enfermedad del ánimo perplejo en lo uno y en lo otro sin ir con fortaleza á lo bueno ni á lo malo, no lo podré mostrar tan bien diciéndolo junto cuanto dividiéndolo en partes. Diréte lo que á mi me sucede; tú puedes dar nombre á la enfermedad. Estoy poseído de un grande amor á la templanza; así lo confieso. Agrádame la cama, no adornada con ambición; no me agrada la vestidura sacada del cofre y prensada con mil tormentos que la fuercen á hacer diferentes visos, sino la casera y común, en que ni hubo cuidado de guardarla ni le ha de haber en ponerla. Agrádame el manjar que no costó desvelo á mis criados ni causó admiración á los

convidados, y no me agrada el prevenido de muchos días ni el que pasó por muchas manos, sino el ordinario y fácil de hallar, sin que en mi mesa se ponga cosa alguna de las que el precio subido atrae, sino en las que en en cualquier lugar se hallan sin ser molestas á la hacienda y al cuerpo, y sin que sean tales y tantas que hayan de salir por la parte por donde entraron. Agrádanme el criado poco culto y el tosco esclavo, y la pesada plata de mi rústico padre, sin que en ella haya considerable hechura y sin que esté grabado el nombre del artífice. Agrádame la mesa no celebrada por la variedad de colores, ni la conocida en la ciudad por diferentes sucesiones de curiosos dueños, sino aquella que baste para el uso, sin que el deléite ocupe, ni la envidia encienda los ojos de los convidados. Pero después de estar agradado de estas cosas, me aprieta el ánimo el ver en otros gran cantidad de pajes y esclavos relumbrantes con el oro de las libreas más bizarras que las de los míos. También me acongoja el entrar en una casa llena de riquezas y adornada con artesones dorados, y apriétame el lisonjero pueblo que de continuo corteja á los que disipan sus haciendas. ¿Qué diré de las fuentes, que transparentes hasta lo hondo, se ven en los cenáculos? ¿Qué de los manjares exquisitos dignos

de tal teatro? Lo que puedo decir es, que viniendo yo de las remotas provincias de la frugalidad, me cercó con grande esplendor la demasía, haciéndome por todas partes una dulce armonía con que titubeó algún tanto el escuadrón; pero contra él levanté con más facilidad el ánimo que los ojos, y con esto me retiré, no peor, pero más triste, no hallándome tan gustoso entre mis deslucidas alhajas, donde me acometió un tácito remordimiento, dudando si eran mejores las más costosas, y aunque ninguna de ellas me rindió, ninguna dejó de combatirme.

Agrádame seguir la fuerza de los preceptos encontrándome en medio de la República, y aunque me da gusto ponerme las insignias y honores de juez, no es por andar vestido de púrpura ni cercado de doradas varas, sino por estar más dispuesto para el socorro de mis amigos y allegados y al de todos los mortales. Puesto más cerca sigo á Zenón, Cleanthes y Crisipo, ninguno de los cuales se arrimó á la República, aunque ninguno de ellos dejó de encaminar á otros á ella, á la cual, cuando permito se acerque mi ánimo no acostumbro, si acaso ocurre alguna cosa indigna ó poco corriente (como es ordinario en la vida humana), ó cuando las cosas á que se debe poca estimación me piden mucho tiempo,

luégo me vuelvo al ocio, y como es más velóz la carrera á los cansados ganados cuando tornan á su casa, así á mi ánimo le agrada más el encerrar la vida entre las propias paredes. Nadie, pues, me usurpe un solo día, ya que no pueda darme recompensa equivalente á tal pérdida. El ánimo estribe en si mismo, estí-mese y no se embarace en ajenas cosas ni haga aquellas en que puede intervenir el juez. Ame la tranquilidad, que no se embara-za en cuidados públicos ni particulares, mas donde la importante lección levantó el espí-ritu y donde los nobles ejemplos pusieron es-puelas, luégo se desea acudir á los tribunales para ayudar á unos con la abogacía y á otros con el favor, y aunque parezca que éste no haya de ser de provecho, se intente que lo sea para enfrenar la soberbia de quien sin razón se engríe por verle próspero. Yo tengo por más acertado en los estudios poner los ojos en la sustancia de las cosas y que el len-guaje se acomode á ellas, proporcionándoles las palabras de modo que á la parte donde ellas nos guiaren siga la oración sin demasia-do cuidado. ¿Qué necesidad hay de adornar lo que no ha de durar muchos siglos? ¿Preten-des que los venideros no te pasen en silencio? Advierte, pues, que naciste para la muerte, y que el entierro con silencio tiene menos de

molesto. Escribe alguna materia en estilo sencillo, y sea para ocupar el tiempo en beneficio tuyo y no para ostentación: menor trabajo basta á los que escriben para el tiempo presente. Cuando el espíritu se levanta de nuevo con la grandeza de algún pensamiento, luego se hace altivo en las palabras, porque al modo que aspira á cosas altas, procura hablar con altivéz, y entonces, olvidado de la ley y del ajustado juicio, me dejo subir en alto hablando con labios ajenos. Y para no discurrir con singularidad en cada cosa, digo que en todas me sigue esta enfermedad del entendimiento sano y temo caer poco á poco en ella, y lo que más cuidado me da es el estar siempre colgado á imitación del que va á caer, siendo esta indisposición mayor que la solicitud que de curarla tengo. Porque á las cosas domésticas las miramos amigablemente, siendo este favor perjudicial al juicio. Entiendo que muchos llegaran á la sabiduría, á no persuadirse que ya la habian conseguido y si en sí mismo no hubieran disimulado muchas cosas, mirando las de los otros con ojos despabilados y atentos. No pienses que con la adulación se destruyen solamente los negocios ajenos y no los propios. ¿Quién hay que tenga valor para decirse verdad á sí mismo? ¿Quién es el que metido entre la multitud de

aduladores no se lisonjeó? Suplícote, que si sabes algún remedio con qué detener esta tormenta que padezco, me juzgues digno de que te deba la tranquilidad. Bien sé que los movimientos de mi ánimo no me son peligrosos ni me acarrearán cosa de inquietud; pero para declararte con un verdadero símil aquello de que me lamento, te digo que lo que me fatiga no es tempestad, sino fastidio. Líbrame, pues, de esta indisposición y socorre al que padece á vista de tierra.

II. Cuando estoy en silencio conmigo solo me pregunto, á qué cosa me parece semejante este afecto de ánimo, y con ningún ejemplo quedo más propiamente advertido que con el de aquellos que, habiendo salido de alguna grave y larga enfermedad, se ven todavía molestados de ligeros accidentes, y aun después de haber de todo punto desechado las reliquias de la indisposición, les inquietan sospechas, y estando ya sanos dan el pulso á los médicos, desacreditando cualquier calor que sienten. Los cuerpos de éstos no están enfermos, sino poco acostumbrados á la salud, sucediéndoles lo que al mar y á las lagunas, que aun después de cesar las tormentas y estar tranquilas y sosegadas, les quedan algunas maretas. Por lo cual es necesario uses, no de aquellos duros preceptos que hemos ya pasado, ni

que te resistas en algunas ocasiones, ni que en otras te hagas eficaz instancia; basta lo último, que es el darte crédito á tí mismo, persuadiéndote á que vas camino derecho sin dejarte llevar por las transversales huellas de muchos que á cada paso van haciendo nuevos discursos, y estando en el camino le yerran. Lo que deseas es una cosa grande, alta y muy cercana á Dios, que no es mudarte. Los griegos llaman á esta firmeza de ánimo *Estabilidad*, de la cual Demetrio escribió un famoso libro, y yo la llamo *Tranquilidad*, porque ni tengo obligación de imitarlos ni de traducir las palabras á su estilo. La cosa de que se trata se ha de significar con algún término que tenga fuerza de la palabra griega, aunque no tenga la misma cara. Lo que ahora preguntamos, es de qué modo estará siempre el ánimo con igualdad, y cómo caminará con próspero curso, siéndose propicio, y mirando sus cosas con tal alegría, que no se interrumpa, perseverando en un estado plácido sin desvanecerse ni abatirse. Esto es *Tranquilidad*: Busquemos, pues, el camino por donde podemos llegar de todo punto á ella. Toma tú la parte que quisieres del remedio público, y ante todas cosas has de poner delante todo el vicio para que cada uno conozca lo que de él le toca, y con esto verás cuánto menos emba-

razo tienes con el fastidio de tí mismo, que el que tienen aquellos que, atados á ocupaciones honrosas y trabajando debajo el yugo de magníficos títulos, los detiene en su simulación, más la vergüenza que la voluntad. En un mismo paraje están los molestados de liviandad, como los fatigados del fastidio, y los que viven en continua mudanza de intentos, agradándoles más los que dejaron, como los que hechos holgazanes, están voceando todo el día. Añade á éstos, los que imitando á los que tienen dificultoso sueño andan mudándose de un lado á otro hasta que el cansancio les acarrea la quietud, formando de tal modo el estado de su vida, que paran últimamente, no en el que les puso el aborrecimiento de mudanzas, sino en el que les acarreó la vejez inhábil para nuevas empresas. Añade también los que no desisten de ser livianos, por dejar de ser inconstantes, sino que por ser perezosos viven, no como desean, sino como comenzaron. Innumerables son las calidades de las culpas, y uno sólo es el efecto del vicio, que es el descontentarse de sí mismo. Y esto nace de la destemplanza de ánimo y de los cobardes ó poco prósperos deseos, que ó no se atreven á tanto como apetecen, ó no lo consiguen, y adelantándose en esperanzas están siempre inestables; accidente forzoso á los que

viven pendientes del querer ageno. Pásaseles toda la vida en industriarse á cosas poco honestas y muy dificultosas, y cuando su trabajo queda sin premio les atormenta la infructuosa indignidad sin que el arrepentimiento sea de haber pretendido lo malo, sino de que sus deseos quedaron frustados, y entonces se hallan poseídos del dolor que les causa el arrepentimiento de lo comenzado, y el que tienen de lo que han de comenzar, entrando en ellos una inquietud de ánimo que en ninguna cosa halla salida, porque ni pueden sujetar á sus deseos ni saben obedecerlos; de que nace una irresolución de interminada vida y un detenimiento de ánimo entorpecido entre desamparadas determinaciones, y estas cosas les son más molestas cuando por odio de la trabajosa infelicidad se retiraron al ocio y á los estudios quietos, que no los admite el ánimo levantado á negocios civiles ni el deseoso de trabajar, por ser de natural inquieto; y así cuando se ve careciendo del consuelo y deléites, que le daban las ocupaciones, no puede sufrir su casa, su soledad y el estar metido entre paredes, doliéndose de verse dejado para sí sólo, de que le nace el fastidio y desagrado y un desasosiego de ánimo poco firme. Causales la vergüenza interiores tormentos, y los deseos que se ven encerrados en sitio estrecho y

sin salida se ahogan; de que resulta el entristecerse y marchitarse por estar contratados de infinitas olas de la incierta determinación que los aflige, en que les tienen suspensos las cosas comenzadas y tristes las lloradas.

De aquí principalmente tiene origen el afecto de aquellos que, detestando su ocio, se quejan de que les faltan decentes ocupaciones; y de ello nace asimismo la envidia de los ajenos acrecentamientos, que se alimenta en la propia pereza; y así, los que no pudieron adelantarse, desean la ruina de los otros. Y finalmente, esta aversión á las medras ajenas, ja desesperación de las propias engendra un ánimo airado contra la fortuna, y querelloso de los tiempos y el que se ve retirado en los rincones, y reclinado en su misma pena, mientras tiene cansancio de sí mismo, tiene también arrepentimiento. Porque el ánimo es naturalmente activo, é inclinado á movimientos, siéndole materia agradable la que se le ofrece de levantarse y abstraerse, y esto es mucho más en unos talentos pésimos, que voluntariamente se dejan consumir en las ocupaciones. Diría yo que á éstos de quien se han apoderado los deseos como llagas, teniendo por deléite el trabajo y fatiga, sucede lo que á algunas heridas, que apetece las manos de quien han de recibir daño, y lo que á

la sarna del cuerpo, que se deleíta con lo que la hace más penosa. Porque hay muchas cosas, que con un cierto dolor dan gusto á nuestros cuerpos, como es el mudarlos de una parte á otra, para refrescar el lado aún no causado en la forma que Homero nos pintó á Aquiles, ya puesto boca abajo, ya vuelto al cielo mudándose en varias posturas, por ser muy propio de enfermos no durar mucho en un estado, tomando por remedio las mudanzas. De aquí nace el hacerse vagas peregrinaciones, y el navegar remotos mares haciendo ya en el agua y ya en la tierra experiencia de la enemiga liviandad. Unas veces decimos que queremos ir á la provincia de Campania; y cuando nos cansa lo deleitable, pasamos á los bosques Brucios y Lucanos; y tras esto queremos que en la montaña se procure algún sitio de recreación, en que los lascivos ojos se eximan de la prolija inmundicia de lugares hórridos; y para esto vamos á Taranto, y á su celebrado puerto y á otros sitios de cielo más templado, para pasar el invierno en las casas que fueron otro tiempo capaces y opulentas á su antigua población. Luégo decimos: «Volvamos á la ciudad, porque há muchos días que nuestras orejas carecen del »estruendo y aplauso, y tenemos gusto de ver »en los espectáculos derramar sangre huma-

»na, pasando de unas fiestas en otras.» Y de este modo, como dijo Lucrecio, anda cada uno huyendo de sí; ¿pero de qué le aprovecha si nunca acaba de ejecutar la huida? va siguiéndose á sí mismo, con que le molesta un pesado compañero. Conviene, pues, que nos desengañemos, confesando que la culpa no está en los lugares, sino en nosotros, que somos flacos para sufrir mucho tiempo el trabajo ó el deléite, nuestras cosas ó las ajenas. A mucho acarreo la muerte la mudanza de intentos, recayendo en las mismas cosas sin dar lugar á la novedad, de que resultó causarles fastidio la vida y el mismo mundo diciendo con rabiosa queja: «¿Hasta cuándo han de sér unos »mismos los deléites?»

III. Pregúntasme: ¿de qué remedio te has de valer contra este hastío? y según la opinión de Antenedoro, el mejor fuera ocuparse en las cosas públicas, en su administración y en los oficios civiles. Porque al modo que algunos hombres pasan los días curtiendo sus cuerpos el sol en ocupaciones y ejercicios, y al modo que á los luchadores les es muy útil el gastar mucho tiempo en fortalecer los brazos para el ministerio á que se dedicaron, así á nosotros, que hemos de disponer los ánimos á la pelea de los negocios civiles, nos es fuera de conveniencia asistir siempre en la obra, porque

con el intento de hacerse apto para ayudar á sus ciudadanos y á todos, viene á un mismo tiempo á ejercitarse y á ser provechoso á otros aquél que puesto en medio de las ocupaciones administró conforme á su caudal las cosas particulares y las públicas. Pero tras esto dice, que como en esta tan loca ambición de los hombres son tantos los calumniadores, que tuercen lo justo á la peor parte, viene á estar poco segura la sencillez, siendo más lo que impide que lo que ayuda. Conviene, pues, apartarnos de los tribunales y de los puestos públicos; que el ánimo grande también tiene en los retiramientos donde poder espaciarse, y como el ímpetu de los leones y de otras bestias fieras no se acobarda estando metidos en sus cuevas, así tampoco dejan de ser grandes las acciones de los hombres grandes, aunque estén apartados del concurso. De tal manera se retiran éstos, que donde quiera que esconden su quietud lo hacen con intento de aprovechar á todos en común y á cada uno en particular, ya con su ingenio, ya con sus palabras y ya con su consejo. Porque no sólo sirven á la República los que apadrinan á los pretendientes, y los que defienden á los reos, y los que tienen voto en las cosas de la paz y la guerra, sino también aquellos que exhortan á la juventud y á los que en tiempo que hay

tanta falta de buenos preceptos, instruyen con su virtud los ánimos, y los que detienen y desvían á los que se precipitaban á las riquezas y demasías. Y si de todo punto no lo consiguen, por lo menos los retardan. Los que esto hacen, aun estando retirados, tratan el negocio público. ¿Por ventura hace más el corregidor y juez que entre los vecinos y forasteros pronuncia las sentencias comunicadas con su asesor, que el que retirado enseña qué cosa es justicia, piedad, paciencia, fortaleza, desprecio de la muerte, conocimiento de los dioses, y finalmente, el grande bien que consiste en tener buena conciencia? Luego si gastares el tiempo en los estudios, aunque te apartes de los oficios, no será desampararlos ni faltar á tu obligación; pues no sólo milita el que en la compañía está defendiendo el lado derecho ó siniestro, sino también el que guarda las puertas y el que asiste haciendo centinela en la plaza de armas; porque aunque este puesto es menos peligroso, no es menos cuidadoso; y así, aunque estos cuidados tienen menos de sangrientos, entran á gozar de los estipendios y sueldos. Si te retirares á tus estudios y dejares todo el cansancio de la vida, no vendrás á codiciar la noche por el fastidio del día, ni te causarás de tí mismo, ni á otros serás enfadoso. Llegarán muchos á tu

amistad y te irán á buscar todos los hombres de bien; porque aunque la virtud esté en lugar obscuro jamás se esconde, antes siempre da señales de sí y cualquiera que fuere digno de ella, la hallará por las huellas. Pero si nos apartamos de la comunicación y renunciamos el trato de los hombres viviendo sólomente para nosotros, sucederá á esta retirada una soledad carecedora de todo buen estudio y una falta de ocupaciones, conque comenzáremos á plantar unos edificios y á derribar otros, á dividir el mar, á conducir sus aguas contra la dificultad de los lugares, consumiendo mal el tiempo que nos dió la naturaleza para que le empleásemos bien. Unos usamos de él con templanza y otros con prodigalidad; unos le gastamos en tal forma que podemos dar razón; otros sin que nos queden reliquias de él, por lo cual no hay cosa más torpe que ser un viejo de mucha edad, que para probarla no tiene otro testimonio más que los años y las canas. Paréceme á mí, ¡oh, carísimo Serenol que Artemidoro se rindió con demasía á los tiempos, y que con demasiada presteza huyó de ellos, porque yo no niego que tal vez se ha de hacer retirada, pero ha de ser á paso lento, sin que el enemigo la entienda, conservando las banderas y la reputación militar. Los que con las armas se

entregan al enemigo, están más seguros y estimados: lo mismo juzgo convenir á la virtud y á los amadores de ella, que si prevaleciere la fortuna y les atajare la facultad y posibilidad de hacer bien, no huyan luego, ni volviendo las espaldas desarmados, busquen dónde esconderse, siendo cierto que no hay lugar seguro, ni exento de las persecuciones de la fortuna. En tal caso entren con mayor denuedo en los negocios de la República, buscando con buena elección algún ministerio en que puedan ser útiles á su ciudad. El que no puede militar, aspire á honores civiles; si ha de pasar vida privada, sea orador; si le imponen silencio, ayude á sus ciudadanos con abogacía; si tiene peligro en los tribunales, muéstrese en las casas, espectáculos y convites buen vecino, amigo fiel y templado convidado, y en caso que le falten los ministerios de ciudadano, no le falten los de hombre; y por esta razón, teniendo gallardía de ánimo, no nos hemos encerrado en las murallas de una ciudad, antes hemos salido al comercio de todo el orbe, juzgando por patria á todo el mundo, para dar con esto más ancho campo á la virtud. Si no has podido llegar á ser consejero, si te está prohibido el púlpito y no te llaman á las juntas, pon los ojos en la grande latitud de provincias y pueblos, y verás que

nunca se te prohíbe tanta parte, que no sea mucho mayor la que se te deja. Pero advierte en que esta culpa no sea toda tuya, por no querer servir á la República, si no te hacen oídor ó uno de los cincuenta magistrados, ó sacerdote de Céres, ó supremo dictador. ¿Sería bueno que no quieras militar si no te hacen general ó tribuno? Si otros están en la primera frente y la fortuna te puso en la retaguardia, pelea desde ella con la voz, con la exhortación, con el ejemplo y con el ánimo. El que estando á pié quedo esfuerza á los demás con vocería, hallará cómo ayudar en la guerra, aun después de cortadas entrambas manos. Lo mismo harás tú si la fortuna te apartare de los primeros puestos de la República; si estuvieres firme y la ayudes con voces y si te cerraren los labios, no descaezcas, ayúdala con silencio, que el cuidado del buen ciudadano jamás es inútil, pues siempre hace fruto con el oído, con la vista, con el rostro, con la voluntad y con una tácita obstinación, y hasta con los mismos pasos; porque al modo que muchas cosas salutíferas hacen provecho con sólo olerlas, sin llegar á gustarlas ni tocarlas, así la virtud esparce mil utilidades, aunque esté lejos y escondida, ora use de su derecho, ora tenga las entradas precarias, hallándose obligada á recoger las velas, ora esté ociosa y

muda ó encarcelada en angosto sitio, ora esté en público, porque en cualquier traje será provechosa. ¿Piensas tú que es de poco fruto el ejemplo del que retirado vive bien? Asegúrote que es cosa muy superior mezclar el ocio en los negocios, cuando se prohíbe la vida activa, ó ya con casuales impedimentos, ó con el estado de la República. Porque nunca se cierran tan de todo punto las cosas, que no quede lugar para alguna acción honesta. ¿Podrás, por ventura, hallar alguna ciudad más perdida de lo que fué la de Atenas, cuando los treinta tiranos la despedazaban, habiendo muerto á mil trescientos ciudadanos de los mejores sin poner esto fin á la ciudad que consigo mismo se irritaba? En esta República, donde estaba el rigurosísimo Tribunal de los Areopagitas, y donde se juntaban el pueblo y el Senado en forma de Senado, allí se juntaba también cada día un colegio de homicidas y un infeliz tribunal angosto para tantos tiranos. ¿Podía, por ventura, tener alguna quietud aquella ciudad, donde los tiranos eran tantos cuantos los soldados de la guarda, sin que se pudiese ofrecer á los ánimos esperanza alguna de libertad y sin descubrirse camino para el remedio contra tan gran fuerza de infortunios? ¿De dónde, pues, habían de salir para el reparo de tan mísera ciudad tantos

Hermodios? De que estaba Sócrates en ella y consolaba á los Senadores que lloraban, y exhortaba á los que descofiaban de la salud de la República, y baldonaba á los ricos que temían perder las riquezas con el tardío arrepentimiento de su peligrosa avaricia, y daba á los que le querían imitar un heróico ejemplo, viéndole que andaba libre entre treinta dueños. A éste, pues, que con valor se oponía al escuadrón de tiranos, mataron los Atenien-ses, no pudiendo aquella ciudad cuando se vió libre sufrir la libertad; y con esto verás que en República afligida hay ocasión de que se manifieste el varón sabio, y que al contrario, en la floreciente y bien afortunada reinan el dinero, la envidia y otros mil flacos vicios. En la forma, pues, que estuviere la República y en la que la fortuna nos permitiere, nos hemos de desplegar ó encoger; pero siempre ha de ser nuestro movimiento sin entorpecernos por estar atados con temor. Antes aquel se podrá llamar varón fuerte, que amenazado por todas partes de los peligros y oyendo cerca el ruido de las armas y el estruendo de las cadenas, no atropellare ni escondiere la virtud, no siendo justo hacer ofensa á la que le conserva. Entiendo que fué Curio Dentato el que decía que quisiera más ser muerto que dejar de vivir. El último de los males natura-

les es el salir del número de los vivos antes de morir; pero con todo eso conviene hacerlo cuando te trajere la suerte á tiempo menos tratable para la República, para que con el ocio y las letras la ayudes más, y que como quien se halla en alguna peligrosa navegación procures tomar puerto, no esperando á que te dejen los negocios, sino dejándolos tú.

IV. Ante todas cosas conviene pongamos los ojos en nosotros mismos, y después en los negocios que emprendemos, por quién, y con quién los emprendemos. Y lo primero que cada uno ha de hacer, es tantear su capacidad, porque muchos nos persuadimos á que tenemos fuerzas para llevar más carga de la que en efecto podemos. Hay unos que en confianza de su elocuencia se despeñan, otros gravan su hacienda más de lo que pueden sufrir, otros con ocupación laboriosa oprimen su enfermizo cuerpo. A unos impide la vergüenza para el manejo de negocios civiles, que requieren osada frente, y en otros no es conveniente para palacio su terqueza; unos saben enfrenar la ira, y á otros cualquier indignación los enfurece, y algunos no saben poner límite á la graciosidad ni abstenerse de peligrosas chocarrerías. A todos éstos más seguro será el ocio que la ocupación, siendo bien que la naturaleza impaciente y fe-

róz evite las ocasiones nocivas á su libertad.

V. Débense después de esto pesar las cosas que emprendemos, cotejándolas con nuestras fuerzas, porque siempre es conveniente sean mayores las del que lleva, que las de lo que han de ser llevado, porque si éstas son mayores será forzoso opriman al llevador. Demás de esto hay otros negocios que no tienen tanto de grandes como de fecundos porque encadenan consigo otros muchos, y éstos de quien se originan varias y nuevas ocupaciones, son de los que debemos huir sin entrar en parte donde no tengamos libre la salida. Sólo has de poner mano en aquellas cosas que esté en tu voluntad el hacer, ó esperar que tengan fin, dejando las que se extienden á mayor latitud sin poder terminarse cuando propusiste.

VI. Has de hacer, finalmente, examen de los hombres, para ver si son dignos de que en ellos empleemos parte de nuestra vida, ó si les alcanza algo de la pérdida de nuestro tiempo. Hay algunos que nos hacen cargo de las buenas obras que voluntariamente les hicimos. Atenodoro dijo, que aún no iría al convite de aquél, que no se juzgase deudor en tenerle por su convidado. Persuádome que juzgarás que éste mucho menos iría á las casas de aquellos que quieren, con dar su mesa,

recompensar las amistades de sus amigos, computando por dádivas los platos y queriendo disculpar su destemplanza, diciendo va encaminada á honor de los convidados; quita tú á éstos que no tengan testigos de sus convites, y no tendrán gusto con el regalo secreto. También debes considerar, si tu naturaleza es más apta al despacho de negocios, ó á estudios retirados, y á contemplación, y luego te has de encaminar á la parte donde te guía la fuerza de tu ingenio. Isócrates sacó del Tribunal á un consejero, asiéndole por la mano porque juzgó ser más apto para escribir historias y anales; que los ingenios forzados no responden bien, y si repugna la naturaleza es bueno el trabajo.

VII. Ninguna cosa hay que tanto deléite el ánimo como la dulce y fiel amistad, siendo gran bien estar dispuestos los pechos para que con seguridad se deposite cualquier secreto en aquel cuya conciencia temas menos que la tuya, cuya conservación mitigue tus cuidados, cuyo parecer aclare tus dudas, cuya alegría destierre tu tristeza, y, finalmente, cuya presencia deléite tu vida. Hemos de elegir los amigos tales, que en cuanto fuere posible estén desnudos de deseos, porque los vicios entran solapados, y después se extienden á todo lo que hallan cercano ofendiendo

con el contacto, por lo cual conviene (como se hace en tiempos de pestilencia), que no nos asentemos junto á los cuerpos infectos y tocados de la enfermedad, porque atraeremos á nosotros los peligros, y con sólo la comunicación vendremos á enfermar. De tal manera debemos cuidar en elegir los talentos de los amigos que sean sin tener la menor falta, porque suele ser origen de enfermedad mezclar lo sano con lo que no lo está. Pero en esto no es mi intento decirte, que á tu amistad no atraigas otros más que al sabio; porque, ¿dónde has de hallar á éste, á quien todos los siglos hemos buscado? Por bueno has de tener al que no es muy malo, pues apenas tuvieras comodidad de hacer mejor elección, aunque buscaras los buenos entre los Platones y Xenofontes, y en aquella fértil cosecha de los discípulos de Sócrates; y aunque gozaras de la edad de Catón, que habiendo producido muchos hombres, dignos de haber nacido en su vida, produjo otros muchos peores que en otro algún siglo, siendo maquinadores de grandes maldades, y siendo los unos y los otros necesarios para que fuese conocido Catón, convino hubiese buenos, de quien fuese aprobado, y malos en quien se experimentase su valor. Pero en este tiempo, en que hay tanta falta de buenos, hágase elección menos fastidiosa

y en primer lugar no se elijan hombres tristes, que todo lo lloran, sin que haya cosa alguna que no les sirva de motivo para quejas, y aunque éstos tengan fé y amor, es contrario á la tranquilidad el compañero que anda siempre inquieto y el que se lamenta de todo.

VIII. Pasemos á la hacienda, ocasión grande de las ruínas humanas, porque si hacemos comparaci3n de las demás cosas que nos congojan, como son la muerte, las enfermedades, los temores, los deseos y el padecer dolores y trabajos con los demás daños que nuestro dinero nos acarrea, hallarás que la hacienda es la que nos pone mayor gravamen, y así debemos ponderar cuán más ligero dolor es no tenerla que el perderla después de tenida; y con esto conocemos que al paso que la pobreza es menor materia de tormento, lo es de daño; porque te engañas si juzgas que los ricos sufren más animosamente las pérdidas. El dolor de las heridas es igual á los pigmeos y gigantes. Bión dijo con elegancia que el mismo dolor sentían los calvos que los gudejudos, cuando les arrancaban algún cabello. Esto mismo has de entender de los pobres y de los ricos que sienten un mismo tormento, porque estando los unos y los otros asidos al dinero, no puede arrancárseles sin dolor; pero, como tengo dicho, más tolerable es el

no adquirir que el perder, y así verás que viven más contentos aquellos en quien jamás puso los ojos la fortuna, que los otros de quien los apartó. Bien conoció esta verdad Diógenes, varón de grande ánimo y dispúsose no poseer cosa que se le pudiese quitar. A esta que yo llamo Tranquilidad, llamála tú pobreza, necesidad ó miseria y pónle otro cualquier ignominioso nombre, que cuando hallares alguno libre de pérdidas, juzgaré que Diógenes no fué dichoso, ó yo me engaño ó solo el reino de la pobreza no puede ser ofendido de los avarientos, de los engañadores, de los ladrones y robadores; y si alguno duda de la felicidad de Diógenes podrá también dudar de la de los dioses inmortales, pareciéndole que no viven felices porque no tienen adornados jardines, ni preciosas quintas cultivadas de agenos caseros y porque no tienen grandes juros en los erarios. ¿Tú, que con las riquezas te desvaneces, no te avergüenzas de ello? Vuelve los ojos al mundo y verás que los dioses que lo dan todo están desnudos y sin poseer cosa alguna; ¿juzgarás tú por pobre ó por semejante á los dioses, al que se desnudó de todas las riquezas? ¿Tienes por más dichosos á Demetrio y Pompeyano, que no tuvieron vergüenza de ser más ricos que Pompeyo, haciéndoseles cada día relación de

los criados que tenían, como la que al Emperador se hace de los soldados de su ejército, habiendo poco antes sido las riquezas de estos dos esclavos, que sustituyendo servían por ellos, y un aposento algo más acomodado? Huyósele á Diógenes un solo esclavo que tenía, llamado *Manes*, y habiendo sabido dónde estaba no hizo diligencia en recobrarle, diciendo parecería cosa torpe que pudiendo *Manes* vivir sin *Diógenes*, no pudiese *Diógenes* vivir sin *Manes*. Paréceme que en esto dijo á la fortuna hiciese lo que quisiese, que ya no tenía que ver con él; huyóseme mi esclavo, ó por mejor decir, fué libre, pídenme de comer y vestir mis criados, siendo forzoso dar sustento á los estómagos de tantos voraces animales siéndolo asimismo el vestirlos y el vivir cuidadoso de sus arrebatadoras manos, siendo inexcusable el servinos de quien siempre vive con llantos y quejas. Más dichoso es aquel que á nadie debe cosa alguna, sino es á quien con facilidad puede negar la paga, que es á sí mismo. Pero ya que no nos hallamos con suficientes fuerzas, conviene por lo menos estrechar nuestros patrimonios, para estar menos expuestos á las injurias de la fortuna. Los cuerpos pequeños que con facilidad se pueden cubrir con las armas, están más seguros que aquellos á quien su misma gran-

deza, expone más descubiertos á las heridas, de la misma suerte es más seguro aquel estado que ni llega á la pobreza ni con demasia se aparta de ella.

IX. Agradáranos esta moderación si nos agradare primero la templanza, sin la cual no hay riquezas que basten y sin ella ningunas obedecen bastante, estando tan en nuestra mano el remedio, pudiendo con sólo admitir la templanza convertirse la pobreza en riqueza. Acostumbrémonos á desechar el fausto, midiendo las alhajas con la necesidad que de ellas tenemos; la comida sirva para dar satisfacción á la hambre; la bebida para extinguir la sed, y camine el deseo por donde conviene. Aprendamos á estrivar en nuestros cuerpos; compongamos nuestro comer y vestir, no dando nuevas formas, sino ajustándolo á las costumbres que nuestros pasados nos enseñaron. Aprendamos á aumentar la continencia, á enfrenar la demasia, á templar la gula, á mitigar la ira, á mirar con buenos ojos la pobreza y á reverenciar la templanza, y aunque nos cueste vergüenza el dar á nuestros deseos remedios poco costosos, aprendamos á encarcelar las desenfrenadas esperanzas y el ánimo que se levanta á lo futuro; procuremos alcanzar las riquezas de nosotros mismos y no de la fortuna. Digo, pues, que

tanta variedad é iniquidad de sucesos no puede ser repelida sin que haya grandes tormentos en los que han descubierto grandes aparatos. Conviene, pues, estrechar las cosas para que las flechas no acierten el tiro. De esto resulta, que muchas veces los destierros y las calamidades vienen á ser remedios, reparándose con pequeñas incomodidades otras más graves. El ánimo que con rebeldía obedece á los preceptos no puede ser curado con blandura; pues ¿por qué no se enmienda si de no hacerlo se le siguen pobreza, infamia y ruina en todas las cosas? Un mal se opone á otro. Acostumbrémonos á poder cenar sin asistencia de pueblo y á servirnos de menos criados, haciendo que los vestidos sean para el fin á que se inventaron y reduciéndonos á vivir en casas más estrechas. Y no sólo hemos de volver atrás en la carrera y en la contienda pública del coso, sino también lo hemos de hacer interiormente en estos términos de la vida. Hasta el trabajo de los estudios, con ser tan ingénuo, en tanto se ajusta á la razón, en cuanto se ajusta al modo. ¿De qué sirven innumerables libros y librerías, cuyo dueño apenas leyó en toda su vida los índices? La muchedumbre de libros carga y no enseña, y así te será más seguro entregarte á pocos autores que errar siguiendo á muchos. Cuarenta

mil cuerpos de libros se abrasaron en la ciudad de Alejandría, hermoso testimonio de la opulencia real; alguno habrá que la alabe, como lo hizo Tito Lucio, que la llamó obra egregia de la elegancia y cuidado de los reyes. Pero ni aquello fué elegancia ni fué cuidado, si no una estudiantina demasía, ó por decir mejor, no fué estudiantina porque no los juntaron para estudios, sino para sola la vista, como sucede á muchos ignorantes aun de las letras serviles, á quien los libros no les son instrumentos de estudios, sino ornato de sus salas. Téngase, pues, la suficiente cantidad de libros sin que ninguno de ellos sirva para sola ostentación. Responderásme que tienes por más honesto el gasto que en ellos haces que el de pinturas y vasos de Corinto. Advierte que donde quiera que hay demasía hay vicio. ¿Qué razón hay para perdonar menos al que procura ganar nombre con juntar estatuas de mármol ó marfil, que al que anda buscando las obras de autores ignotos y quizás reprobados, estando ocioso entre tantos millares de libros, agradándose solamente de las encuadernaciones y rótulos? Hallarás en poder de personas ignorantísimas todo lo que está escrito de oraciones y de historia, teniendo los estantes llenos de libros hasta los techos; porque ya aún en los baños se hacen librerías

como alhaja forzosa para las casas. Perdonáralo yo si esto naciera de deseos de los estudios; pero ahora estas exquisitas obras de sagrados ingenios entalladas con sus imágenes, se buscan para adorno y gala de las paredes.

X. Si entraste acaso en alguna difícil forma de vida, y sin saberlo tú te puso la pública ó la particular fortuna en algún lazo que ni sabes desatarle ni puedes romperle, considera que los presos á los principios sufren mal las cadenas y grillos, que son impedimentos de sus pasos, pero después que se determinan á traerlos sin indignarse con ellos, la misma necesidad los anima á sufrirlos con fortaleza y la costumbre los enseña á llevarlos con facilidad. En cualquier estado de vida hallarás anchuras, gustos y deléites, si te pusieres primero á querer no juzgar por mala la que tienes, no haciéndola sujeta á la envidia. Con ninguna cosa nos obligó más la naturaleza, como fué (conociendo que nacíamos para tantas miserias) haber inventado para temperamento de ellas, la costumbre de sufrirlas, la cual con presteza se convierte en familiaridad. Nadie perseverara en las cosas, si la continuación de las adversas tuviera la misma fuerza que tuvo á los primeros acometimientos. Todos estamos atados á la fortuna,

pero la cadena de unos es de oro y floja, la de otros estrecha y abatida. ¿Pero de qué importancia es esta diferencia, si es una misma la cárcel en que estamos todos, estando también presos en ella los mismos que hicieron la prisión? sino es que así mismo juzgues que es más ligera la cadena porque te la echaron al lado izquierdo. A unos enlazan y encadenan las honras, á otros las riquezas, á otros la nobleza; á unos oprime la humildad y hay otros que tienen sobre su cabeza agenos imperios, y otros los suyos; á unos detiene en un lugar el destierro, á otros el sacerdocio, siendo toda la vida una continuada servidumbre. Conviene, pues, acostumbrarnos á vivir en nuestro estado, sin dar de él una misma queja, abrazando en él cualquier comodidad que tenga. No hay caso tan acerbo en que no halle algún consuelo el ánimo ajustado. Muchas veces el arte del buen arquitecto dispone pequeños sitios para varios usos y la buena distribución hace habitable el sitio, aunque sea angosto. Arrima tú la razón á las dificultades, y verás cómo con ella se ablandan las cosas ásperas, se ensanchan las angostas, oprimiendo menos las graves á los que con valor las sufren. Demás de esto no se han de extender los deseos á cosas remotas; y ya que de todo punto no los podemos estrechar, les

hemos de permitir sólo aquello que está cercano, desechando lo que ó no puede conseguirse, ó se ha de conseguir con dificultad. Sigamos lo que está cerca y lo que se ajusta y proporciona con nuestra esperanza. Sepamos que todas las cosas son igualmente caducas, y que aunque en lo exterior tienen diferentes visos, son en lo interior igualmente vanas. No tengamos envidia á los que ocupan encumbrados lugares, porque lo que nos parece altura, es despeñadero; y al contrario, aquéllos á quien la adversa suerte puso en estado de medianía, estarán más seguros si quitaren la soberbia á los ministerios que de suyo son soberbios, bajando en cuanto les fuere posible su fortuna á lo llano. Hay muchos que se ven forzados á estar asidos á la altura en que se hallan, por no poder bajar de ella sino es cayendo; pero por la misma razón deben textificar, que la carga que tienen les es muy pesada, por haber de ser ellos pesados á otros y confiesen también que no están levantados, sino amarrados, y prevengan con mansedumbre, con humildad y con mano benigna, muchos socorros para los sucesos venideros, para que en esta confianza, aunque vivan pendientes, estén con mayor seguridad, y ninguna cosa los librárá de las tormentas del ánimo como el poner algún punto fijo á los

acrecentamientos, sin que quede en albedrío de la fortuna el dejar de dar: exhórtense á sí mismos á parar mucho antes de llegar á los extremos, y de esta forma, aunque habrá algunos deseos que inciten el ánimo, no se extenderán á lo incierto y á lo inmenso.

XI. Esta mi doctrina; habla con los imperfectos, con los mediocres y con los mal sanos, y no con el sabio, que ni vive temeroso, ni anda atentado; porque tiene de sí tanta confianza que no recela salir al encuentro á la fortuna sin jamás rendírsele y sin poseer cosa en que poder temerla; porque tiene por prestados no sólo los esclavos, las heredades y las dignidades, sino su mismo cuerpo, sus ojos y sus manos, y todo aquello que le puede hacer más amable la vida, viviendo como prestado á sí mismo para sin tristeza restituirse á los que le volvieren á pedir; y no se desestima en saber que no es suyo, antes hace todas las cosas con tan gran diligencia y circunspección, como el hombre religioso y santo que guarda lo que se entregó á su fé, y cada y cuando que se lo mandaren restituir lo hará sin dar quejas de la fortuna, antes le dirá: «Dóte gracias por el tiempo que lo poseí. Yo »estimé con veneración tus cosas; pero ya que »me las pides, te las restituyo con voluntad y »agradecimiento; si gustares dejarme alguna,

»te la guardaré también; pero ya que de ello
 »tienes gusto, te restituyo la plata labrada, la
 »acuñada, la casa y la familia.» Si me llamare
 la naturaleza, que fué la primero que me pres-
 to á mí, le diré también: «Tómame mi ánimo;
 »mejorado te lo vuelvo de lo que me le diste;
 »no ronceo ni huyo; aprestado está por mí que
 »me hallo sin voluntad; recibe lo que me dis-
 »te cuándo no tenía sentido.» El volver á la
 parte de donde venimos, ¿qué tiene de moles-
 tia? Aquél vivirá mal que ignorare el útil de
 morir bien. Lo primero, pues, á que se ha de
 quitar la estimación, es á la vida, contándola
 entre las demás cosas serviles. Dice Cicerón,
 que aborrecemos á los gladiadores que en la
 pelea procuran salvar la vida, y al contrario,
 favorecemos á los que la desprecian. Entiende,
 pues, que lo mismo nos sucede á nosotros,
 siendo muchas veces causa de morir el espe-
 rar tímidamente á la muerte. La fortuna, que
 hace también sus regocijos y espectáculos,
 dice: «¿Para qué te he de reservar, animal
 »malo y cobarde? Porque no sabes ofrecer el
 »cuello has de ser más herido y maltratado; y
 »al contrario, tú que no con cerviz forzada ni
 »cruzadas las manos esperas el enchillo, vivi-
 »rás más tiempo y morirás con más despejo.»
 El que temiere la muerte no hará hazaña de
 varón vivo; mas el que conoce que al tiempo

de su concepción capituló el morir, vivirá según lo capitulado y juntamente con la gallardía de ánimo hará que ninguna cosa de las que en la vida suceden le sea repentina, porque teniendo por asentado que todo lo que puede venir le ha de suceder, mitigará los ímpetus de los males, que éstos nunca traen cosa de nuevo á los que estando prevenidos los esperan; y sólomente son graves y pesados á los que viven con descuido y esperan sólomente las cosas felices. Porque la enfermedad, la cautividad, la ruína y el incendio no me son cosas repentinas, sabiendo yo en cuán revoltoso hospedaje me encerró la naturaleza. Muchas veces sentí llantos en mi vecindad; muchas ví pasar por mi puerta entierros no sazonados con hachas y cirios; muchas oí el estruendo de soberbios edificios que cayeron, y muchos de aquellos á quien el Tribunal, la Corte y la conversación juntaron conmigo, se los llevó una noche, dividiendo las manos unidas en amistad. ¿Tengo de admirarme de que se me hayan llegado los peligros que siempre anduvieron cerca de mí? Muchos hombres hay, que habiendo de navegar, no se acuerdan de que hay tormentas; como yo no me avergüenzo en lo bueno de tener por autor un malo. Publio, más vehemente que los ingenios trágicos y cómicos, todas las veces

que dejó los disparates mímicos y los dictorios y donaires concernientes al vulgo, entre otras muchas cosas dignas de la gravedad y escena trágica, dijo: «A cada cual puede suceder lo que puede suceder á alguno.» El que depositare en su corazón esta sentencia y atendiere á los males ajenos, de que cada día hay tanta abundancia, y conociere que tienen libre el camino para venir á él, este tal se prevendrá antes de ser acometido. Tardamente se arma el ánimo á la paciencia de los trabajos después que ellos han llegado. Dirás: «No pensé que esto sucediera, ni creí que esto »pudiera venirme.» ¿Pues por qué no lo pensaste? ¿Qué riquezas hay á quien no vayan siguiendo la pobreza, la hambre y la mendicidad? ¿Qué dignidad hay á cuya garnacha, cuyo hábito augural y cuyas insignias de nobleza no acompañen asquerosidades, destierros, descréditos, mil manchas, y últimamente el desprecio? ¿Qué reino hay á quien no esté aparejada la ruína y la caída, teniendo ora un justo dueño y ora un injusto tirano? Y estas cosas no están separadas con grandes intervalos, pues sólo hay un instante de distancia del verse en el trono al estar postrado ante ajenas rodillas. Persuádete, pues, que todo estado es mudable, y que lo que ves en otros puede suceder en tí. Si te precias de

rico, ¿éreslo por ventura más que Pompeyo? al cual, cuando Cayo, su antiguo pariente y huésped nuevo abrió la casa de César para cerrar la suya, le faltó pan y agua; y el que poseía tantos ríos, que nacían y morían en su imperio, mendigó agua llovediza, muriendo de hambre y de sed dentro del palacio de su deudo, mientras el heredero preparaba entierro público al que moría de hambre. ¿Has tenido grandes honras? Dime si han sido tantas, tan grandes y tan no esperadas como las que tuvo Seyano. Pues advierte, que el mismo día que le acompañó el Senado le despedazó el pueblo; y habiendo puesto en él los dioses y los hombres todo lo que se puede juntar, no quedó cosa en que el verdugo no hiciese presa. ¿Eres rey? Pues no te enviaré á Crespo, que entró mandando en la hoguera y la vió extinguida, sobreviviendo no sólo al reino, sino á su misma muerte. No te enviaré á Yugurta, á quien el pueblo romano vió preso dentro del año en que le había temido. No á Ptolomeo, rey de Africa, ni á Mitridates, rey de Armenia, á quien vimos entre las guardas Cayanas, siendo el uno desterrado, y deseando el otro serlo con seguridad. Si en tan gran mutabilidad de las cosas que suben y bajan no juzgarés que te amenaza todo lo que puede sucederte darás contra tí fuerzas á las adversida-

des, las cuales quebranta el que las antevé. Lo que á esto se sigue es, que ni trabajemos en lo necesario, ni para ello; quiero decir, que ó no deseemos lo que no podemos conseguir ó lo que se ha de conseguir tarde, y después de haber pasado mucha vergüenza conozcamos la vanidad de nuestros deseos, no poniéndolos en aquello en que ha de salir vano y sin efecto el trabajo, ó donde el efecto ha de ser indigno de lo que se trabajó; porque casi siempre se sigue tristeza si no suceden, ó si suceden vienen á causar vergüenza.

XII. Conviene reformar los paseos que en muchos hombres son tan continuos, que andan siempre vagando por las casas y teatros ofreciéndose á los negocios ajenos, remedando á los que siempre están ocupados. Y si preguntas á alguno de éstos cuando sale de casa á dónde va ó en qué piensa, te responderá: «Por Dios que no lo sé, visitaré á algunos »y haré algún negocio.» Van sin determinación buscando ocupaciones, y sin hacer aquello que habían determinado hacen lo que primero se les ofreció; su paseo es vano y sin consejo, como el de las hormigas que suben por los árboles, y después de haber llegado á la cima bajan vacías al tronco. Muchos son los que pasan la vida semejante á éstas, pudiendo con razón llamarla una inquieta pere-

za. De otros tendrás compasión, como de personas que corren al incendio, que atropellando á los que encuentran se despeñan y los despeñan. Estos tales, después de haber corrido á saludar á quien no les ha de pagar la cortesía, ó para hallarse en las honras de persona con quien no tuvieron conocimiento, ó para asistir á la vista de algún pleito, del que es siempre litigante, ó á las bodas de quien muchas veces se casa, siguiendo su litera y ayudando en muchas partes á llevarla, cuando vuelven á sus casas con un vacío cansancio, juran que ni saben á qué salieron ni dónde estuvieron, con haber de andar los mismos pasos el día siguiente. Enderécese, pues, tu trabajo á algún fin, y mire á parte segura. A los inquietos y locos no los mueve la industria, muévenles las falsas imágenes de las cosas porque les obliga alguna vana esperanza; convídalos la apariencia de aquello cuya vanidad no la comprende el entendimiento cautivo. Del mismo modo sucede á los que salen de casa á sólo aumentar el vulgo, llevándolos por la ciudad insustanciales y ligeras ocasiones, y sin tener en qué trabajar, los expelle de sus casas la salida del sol, y después de haber sufrido mil encontrones por llegar á saludar á muchos, siendo mal admitidos de algunos, á ningunos hallan más dificultosamente

en casa que á sí mismos. De esta ociosidad se origina el vicio de andar siempre escuchando é inquirendo los secretos de la República y el saber muchas cosas, que ni con seguridad se pueden contar ni aun saberse con ella. Pienso que, siguiendo esta doctrina, Demócrito comenzó diciendo: «El que quisiere vivir en tranquilidad, ni haga muchas cosas »en que se singularice, ni se deje llevar con »publicidad á las supérfluas.» Porque de las que son necesarias, no sólo se han de hacer muchas privada y públicamente, sino innumerables; pero donde no nos llama la obligación de algún importante ministerio, conviene enfrenar nuestras acciones.

XIII. Porque el que se ocupa en muchas cosas, hace muchas veces entrega de sí á la fortuna, siendo más seguro hacer de ella pocas experiencias; no obstante, que conviene pensar mucho en ella sin prometerse seguridad alguna de su fé. Dirá el sabio: «Haré mi »navegación, si no hubiere algún accidente; »seré oidor, si no se ofreciere algún impedimento, y mis trazas saldrán bien si no intervinieren algún estorbo.» El decir esto es lo que obliga á que afirmemos que al sabio no le sucede cosa alguna contra su opinión. No le exceptuamos de los sucesos humanos, sino de los errores, ni decimos le suceden todas

las cosas como deseo, sino como pensó, porque antes de emprender de ellas se persuadió podía haber algo que impidiese la ejecución de sus deseos, y así es forzoso que al que no se prometió seguridad en sus intentos, venga más templado el dolor de verlos defraudados.

XIV. Debemos también hacernos fáciles sin entregarnos con pertinencia á las determinaciones; pasemos á lo que nos llevare el suceso, y no temamos las mudanzas de consejo ó de estado, con tal que no seamos poseídos de la liviandad, vicio encontradisimo con la quietud porque es forzoso que la pertinencia sea congojosa y miserable en aquel á quien diversas veces quita alguna cosa la fortuna y que sea más grave la liviandad de aquel que jamás está en un sér. El ignorar hacer mudanza cuando conviene y el no saber perseverar en cosa alguna, son cosas contrarias á la tranquilidad; conviene, pues, que apartándose el ánimo de todas las esternas se reduzca á sí, confie de sí, y se alegre consigo; abraza sus cosas en cuanto fuere posible abstrayéndose de las ajenas, y aplicándose á sí mismo, sin sentir los daños juzgando con benignidad aun de las cosas adversas. Habiendo llegado nuevas á nuestro Zenón, de que en un naufragio se había anegado toda su hacienda, dijo: «Quiere la fortuna que yo filosofe

»más desembarazadamente.» Amenazaba un tirano á Teodoro Filósofo con la muerte, y con que no sería sepultado, y él le respondió: «Tienes con qué alegrarte, pues mi sangre está en »tu potestad, pero en lo que dices de la sepultura, eres ignorante si piensas que importa »el ponerme encima ó debajo de la tierra.» Canio Julio, varón grande á cuya estimación no daña el haber nacido en nuestro siglo, habiendo altercado mucho tiempo con Cayo, le dijo aquel Falari cuando se iba: «Para que »no te lisonjées con vana esperanza, he mandado te lleven al suplicio;» y él le respondió: «Dóite las gracias, óptimo Príncipe.» Estoy dudoso de lo que en esto quiso sentir, y ocurrenme muchas cosas. Quisole afrentar dándole á entender cuán grande era su crueldad, pues tenía por beneficio la muerte, ó quizá le dió en rostro con la ordinaria locura de aquellos que le daban gracias cuando les había muerto sus hijos y quitádoles sus haciendas, ó por ventura recibió con alegría la muerte juzgándola por libertad. Sea lo que fuere, la respuesta fué de ánimo gallardo. Dirá alguno que pudo después de esto mandar Cayo, que Canio viviese. No temió esto Canio, que era conocida la estabilidad que en semejantes crueles mandatos tenía Cayo. ¿Piensas tú, que sin algún fundamento pidió cinco días de dila-

ción para el suplicio? No parece verosímil lo que aquel varón dijo, y lo que hizo y en la tranquilidad que estuvo. Jugando estaba al ajedrez cuando el alguacil que traía la caterva de muchos condenados á muerte, mandó que también le sacasen á él, y después de haber sido llamado contó los tantos y dijo al que jugaba con él: «Advierte que después de mi muerte no mientas, diciendo que me ganaste.» Y llamando al alguacil, le dijo: «Serás testigo de que le gano un tanto.» ¿Piensas tú que Canio jugaba en el tablero? lo que hacía no era jugar, sino burlarse del tirano, y viendo lloroso á sus amigos por la pérdida que hacían de tal varón, les dijo: «¿De qué estáis tristes? vosotros andáis investigando si las almas son inmortales, y yo lo sabré ahora.» Y hasta el último trance de su muerte no desistió de inquirir la verdad y disputar de la muerte, como lo tenía de costumbre. Ibale siguiendo un discípulo suyo, y estando ya cerca del túmulo adonde cada día se hacían sacrificios á César, que pretendia ser adorado por Dios, le dijo: «¿En qué piensas Canio? ¿qué juicio es el tuyo? sacrifica á César.» Respóndele Canio: «Tengo propuesto averiguar si en aquel velozísimo instante de la muerte siente el alma salir del cuerpo.» Y prometió que en averiguándolo visitaría á sus amigos, y les avi-

saría qué estado es el de las almas. Advertid esta tranquilidad en medio de las tormentas y ved un ánimo digno de la eternidad, que para averiguación de la verdad llama á su muerte, y puesto en el último trance hace preguntas al alma cuando se despedía del cuerpo, aprendiendo no sólo hasta la muerte, sino también de la misma muerte. Ninguno ha habido que filosofase más tiempo; y así la memoria de este gran varón no se borrará arrebatadamente; antes siempre se hablará de él con estimación. Tendremos en todo tiempo, ¡oh clarísima cabeza! por una gran parte de la calamidad cayana.

XV. Y no basta desechar las causas de la tristeza particular, que sin ellas nos posee muchas veces un aborrecimiento de todo el género humano, saliéndonos al encuentro la turba de tantas bien afortunadas maldades, y cuando hacemos reflexión de cuán rara es la sencillez, cuán no conocida la inocencia y cuán poco guardada la fe, si no es en aquel á quien le está bien guardarla, y cuando miramos las ganancias y los daños de la sensualidad igualmente aborrecidos, cuando vemos que la ambición no ajustada en sus debidos términos resplandece con su misma torpeza. Escóndesele al ánimo la luz y salen oscuras tinieblas, cuando por estar abatidas las virtu-

des ni es permitido esperarlas ni aprovecha el tenerlas. Debemos, pues, rendirnos á no tener por aborrecibles sino por ridículos todos los vicios del vulgo, imitando antes á Demócrito que á Heráclito. Éste siempre que salía en público lloraba y el otro reía. Éste juzgaba todas nuestras acciones por miserias y aquél las tenía por locuras. Súfranse todas las cosas con suavidad de ánimo, siendo más humana acción reirnos de la vida que llorarla. Y añade que en mayor obligación pone al género humano el que se ríe de él que no el que le llora, porque el primero deja alguna parte de esperanza y el otro llora neciamente aquello que desconfía poder remediarse. Y bien considerado todo, mayor grandeza de ánimo es no poder enfrenar la risa que el no poder detener las lágrimas, porque todas las cosas que nos obligan á estar alegres ó tristes mueven el ligerísimo afecto del ánimo, sin que juzge que en tanto aparato de cosas hay alguna que sea grande, severa ni seria. Propongase cada uno todas aquellas cosas por las cuales venimos á estar alegres ó tristes, y sepa ser cierto lo que dijo Bión, que todos los negocios de los hombres eran semejantes en sus principios, y que la santidad y severidad de su vida no era más que unos intentos comenzados. Y así es más cordura sufrir pláci-

damente las públicas costumbres y los humanos vicios sin pasar á reirlos ó llorarlos, porque es una eterna miseria atormentarse con males ajenos, y el alegrarse de ellos es un deléite inhumano, al modo que es inútil tristeza el llorar y encapotar el rostro porque alguno entierra su hijo, pues aun en tus propios males conviene dar al dolor aquella sola parte que él pide y no la que pide la costumbre, porque hay muchos que derraman lágrimas para que otros las vean, teniendo secos los ojos mientras no hay quien les mire, y juzgan por cosa fea no llorar cuando los otros lo hacen; y háse introducido de tal manera este mal de estar pendientes de ajena opinión, que aun en cosas de poquísima importancia viene el dolor fingido. Síguese tras esto una parte, que no sin causa suele entristecer y poner en cuilado cuando los remates de los buenos son malos, como son morir, Sócrates en una cárcel, y vivir en destierro Rutilio, y entregar Pompeyo y Cicerón la cerviz á sus mismos paniaguados; y que el gran Catón, única imagen de las virtudes, recostado sobre la espada, dé juntamente satisfacción de sí y de la República. Conviene, pues, el dar quejas de que la fortuna pague con tan inícuos premios; porque ¿qué puede esperar cada uno cuando vé que los buenos padecen

grandes males? ¿Pues qué hemos de hacer en tal caso? Poner los ojos en el modo con que ellos sufrieron, y si fueron fuertes desear sus ánimos; pero si murieron mujeril y flacamente no hay que hacer caso de la pérdida. O fueron dignos de que su virtud te agrade ó indignos de que se imite su flaqueza; porque ¿cuál cosa hay más torpe que aquellos á quien los grandes varones, muriendo varonilmente, hicieron tímidos? Alabemos aquel que por tantas razones es digno de alabanza, y digamos de él: «Cuanto más fuerte fuiste, fuiste más dichoso; »escápate ya de los humanos acontecimientos »y de la envidia y enfermedad; saliste de la »prisión, tú que no eras merecedor de mala »fortuna. Y los dioses te juzgarán por cosa »indigna que ella tuviese en tí algún dominio.» A los que (cuando llega la muerte) rehuyen y ponen los ojos en la vida, se han de echar las manos. Yo no lloraré al que está alegre, ni lloraré al que llora, porque el primero con la alegría me quitó las lágrimas y éste con las suyas se hizo indigno de las de otros. ¿He de llorar yo á Hércules quemado vivo? ¿á Régulo clavado con muchos clavos? ¿á Catón, que con fortaleza sufrió tantas heridas? Todos estos, con corto gasto de tiempo breve hallaron modo de eternizarse llegando á la inmortalidad por medio de la muerte. Es asimismo no pequeña

materia de cuidado el tenerle grande de componerte, no mostrándote sencillo; culpa en que caen muchos, cuya vida es fingida y ordenada á sola ostentación, y esta continua diligencia los martiriza, recelando no los hallen en diferente figura de la que acostumbran; porque este cuidado jamás aloja mientras juzgamos que todas las veces que nos miran nos estiman; y hay muchos sucesos, que contra su voluntad los desnudan de la ficción, y dado caso que esta fingida compostura les suceda bien, no es posible que los que siempre viven con máscara, tengan vida gustosa ni segura; y al contrario, la sencillez cándida y adornada de sí misma sin echar velo á las costumbres, goza de infinitos deleites. Pero también esta vida tiene peligro de desprecio; porque cuando todas las cosas son patentes á todos, hay muchos que hacen desestimación de lo que tratan más de cerca, aunque la virtud no tiene peligro de envilecerse por acercarse á los ojos; y mucho mejor es ser despreciado por sencillo, que vivir atormentado con perpétua simulación. Mas con todo esto conviene poner en ello límite, habiendo mucha diferencia del vivir con sencillez al vivir con negligencia. Conviene mucho retirarnos en nosotros mismos, porque la conservación que se tiene con los que no son

nuestros semejantes, descompone todo lo bien compuesto y renueva los afectos y las llagas de todo aquello que en el ánimo está flaco y mal curado. Pero también conviene mezclar y alternar la soledad y la comunicación, porque aquélla despertará en nosotros deseos de comunicar á los hombres, y esta de comunicarnos á nosotros mismos, siendo la una el antídoto de la otra. La soledad curará el aborrecimiento que se tiene á la turba, y la turba curará el fastidio de la soledad; que el entendimiento no ha de estar perseverante siempre con igualdad en una misma intención, que tal vez ha de pasar á los entretenimientos. Sócrates no se avergozaba de jugar con los niños, y Catón recreaba en convites el ánimo fatigado de cuidados públicos. Scipión danzaba á compás con aquel su militar y triunfador cuerpo, pero no haciendo mudanzas afeminadas de las que exceden á la blandura mujeril, como las que ahora se usan, sino como lo solían hacer aquellos antiguos varones que se entretenían entre el juego y los días festivos danzando varonilmente, sin que pudiesen perder crédito aunque los viesen danzar sus enemigos. Darse debe algún refrigerio á los ánimos, porque descansados se levanten mejores y más valientes al trabajo, y como los campos fértiles no se han de fatigar, por-

que el no dar alguna intermisión á su fecundidad, los enflaquecerá con presteza, así el trabajo continuo quebranta los ímpetus del ánimo, que recreado tomará más fuerzas. De la continuación en los cuidados nace una como inhabilidad y descacimamiento de los ánimos, y el eficaz deseo de los hombres no se inclinara á tanto, si en el entretenimiento y juego no hallara un casi natural deléite, cuyo uso, siendo frecuente, quita á los ánimos todo el vigor y fuerza. Necesario es el sueño para reparar las fuerzas, pero si le continuas de día y de noche vendrá á ser muerte; mucha diferencia hay en aflojar ó soltar una cosa. Los legisladores instituyeron días festivos para que los hombres se juntasen públicamente, interponiendo con alegría un casi necesario temperamento á los trabajos, y los grandes varones, como tengo dicho, se tomaban cada mes ciertos días feriados, y otros no dejaron día alguno sin dividirle entre los cuidados y el ocio, como lo sabemos de Polión Asinio, gran orador, á quien ningún negocio detuvo en pasando la hora décima, y después, ni aun quería leer las cartas, porque de ellas no le resultase algún cuidado, reparando en aquellas dos horas de descanso, el trabajo de todo el día. Otros dividieron el día reservando para las tardes los negocios de menor cuidado,

y nuestros pasados prohibieron el hacerse en el Senava nuevas relaciones pasada la hora décima. El soldado divide las velas, y el que viene de la campaña está libre de hacer la centinela. Conviene ensanchar el ánimo, dándole algún ocio que aliente y dé fuerzas, y el paseo que se hiciere sea en campo abierto para que en cielo libre, y con mucho aliento, se levante y aumente el ánimo, y tal vez dará vigor el andar á caballo, haciendo algún viaje y mudando de sitio. Los banquetes y la bebida algo más licenciosa, y aun llegando tal vez á la raya de la embriaguéz (no de modo que nos anegue, sino que nos divierta), nos aligerarán los cuidados, sacando el ánimo de su encerramiento, porque como el vino cura algunas enfermedades, así también cura la tristeza. A Baco, inventor del vino, le llamaron *Liber*, no por la libertad que da á la lengua, sino porque libra al ánimo de la servidumbre de los cuidados, fortaleciéndole y haciéndole más vigoroso y audáz para todos los intentos; pero como en la libertad es saludable la moderación, lo es también en el vino. De Solón y Archesilao se dice que fueron dados al vino; á Catón le tacharon de embriaguéz, pero el que á Catón opone esta culpa podrá con más facilidad persuadir que ella sea honesta, que no que Catón haya sido torpe. Mas

esta licencia del vino no se ha de tomar muchas veces, porque el ánimo no se habitúe á malas costumbres, aunque tal vez ha de salir á regocijo y libertad, desechando algún tanto la sobriedad triste, porque si damos crédito al poeta griego, alguna vez da alegría el enloquecerse, y si á Platón, en vano abre las puertas á la poesía el que está con entero juicio, y si á Aristóteles, pocas veces hubo ingenio grande sin alguna mezcla de locura. No puede decir cosa superior y que exceda á los demás, sino es el entendimiento altivo que, despreciando lo vulgar y usado, se levanta más alto con un sagrado instinto, porque entonces con boca de hombre canta alguna cosa superior. Mientras una persona está en sí no se le puede ofrecer pensamiento sublime, y puesto en altura conviene que se aparte de lo acostumbrado y que se levante, y que tascando el freno arrebate al caballero que le guía, llevándole hasta donde él no se atreviera á correr. Con esto tienes, ¡oh, carísimo Sereno! las cosas que pueden defender la tranquilidad, las que la pueden restituir y las que pueden resirtir á los vicios que se quieren introducir. Pero conviene sepas que ninguna de estas cosas es suficiente á los que han de guardar una tan débil, sino es que al ánimo que va á caer le cerque un continuo y asistente cuidado.

DE LA CONSTANCIA DEL SABIO

Y QUE EN ÉL NO PUEDE CAER INJURIA

A SERENO

I. No sin razón me atreveré á decir, ¡oh amigo Sereno! que entre los filósofos estóicos y los demás profesores de la sabiduría hay la diferencia que entre los hombres y las mujeres. Porque aunque los unos y los otros tratan de lo concerniente á la comunicación y compañía de la vida, los unos nacieron para imperar y los otros para obedecer. Los demás sabios son como los médicos domésticos y caseros, que aplican á los cuerpos medicamentos suaves y blandos, no curando como conviene, sino como les es permítido. Los estóicos, habiendo entrado en varonil camino, no cuidan de que parezca ameno á los que han de caminar por él, tratan sólo de librarlos con toda presteza de los vicios, colocándolos

en aquel alto monte, que de tal manera está encumbrado y seguro, que no sólo no alcanzan á él las flechas de la fortuna, sino que aun les está superior. Los caminos á que somos llamados son arduos y fragosos, que en los llanos no hay cosa eminente; pero tras todo eso, no son tan despeñaderos como muchos piensan. Solas las entradas son pedregosas y ásperas y que parece están sin senda, al modo que sucede á los que de lejos miran las montañas, que se les representan ya quebradas y ya unidas, porque la distancia larga engaña fácilmente la vista; pero en llegando más cerca, todo aquello que el engaño de los ojos había juzgado por unido, se va poco á poco mostrando dividido, y lo que desde lejos parecía despeñadero, se descubre en llegando ser un apacible collado. Poco tiempo há, que hablando de Marco Catón te indignaste (porque eres mal sufrido de maldades) de que el siglo en que vivió no le hubiese llegado á conocer, y que habiéndose levantado sobre los Césares y Pompeyos le hubiesen puesto inferior á los Vatinios. Pareciáte cosa indigna que porque resistió una injusta ley le hubiesen despojado de la garnacha en el tribunal, y que arrastrado por las manos de la parcialidad sediciosa hubiese sido llevado desde el lugar donde oraba hasta el arco Fabiano, sufriendo

malas razones y ser escupido, con otras mil contumelias de aquella loca y desenfrenada muchedumbre. Respondíte entonces que más justo era dolerte de la República, que de una parte la rendía Publio Clodio y de otra Vatinius y otros muchos ciudadanos, que corrompidos con la ciega codicia no conocían que mientras ellos vendían la República se vendían á sí mismos.

II. Por lo que toca á Catón te diré que no había para qué te congojases, porque ningún sabio puede recibir injuria ni afrenta, y que los dioses nos dieron á Catón por más cierto dechado de un varón sabio que en los siglos pasados á Ulyses ó Hércules; ¿por qué á éstos llamaron sabios nuestros estóicos? por haber sido invictos de los trabajos, despreciadores de los deléites y vencedores de todos peligros. Catón no llegó á manos con las fieras, que el seguirlas es de agrestes cazadores, ni persiguió á los monstruos con fuego ó hierro, ni vivió en los tiempos en que se pudo creer que se sostuvo el cielo sobre los hombros de un hombre; mas estando ya el mundo en sazón, que desechada la antigua credulidad, había llegado á entera astucia, peleó con el soborno y con otros infinitos males; peleó con la hambrienta y ambiciosa codicia de imperar que tenían

aquellos á quien no parecía suficiente el orbe dividido entre los tres, y sólo Catón estuvo firme contra los vicios de la República, que iba degenerando y cayéndose con su misma grandeza, y en cuanto fué en su mano la sostuvo, hasta que arrebatado y apartado se le entregó por compañero en la ruína, que mucho tiempo había detenido, muriendo juntos él y la República por no ser justo se dividiesen, pues ni Catón vivió en muriendo la libertad ni hubo libertad en muriendo Catón. Piensas tú que á tal varón pudo injuriar el pueblo; ¿por qué le quitó el gobierno y la garnacha? ¿y por qué cubrió de saliba aquella sagrada cabeza? El sabio siempre está seguro sin que la injuria ó la afrenta le puedan hacer ofensa.

III. Paréceme que veo tu ánimo, y que encendido en cólera te aprestas á dar voces, diciendo: «Estas cosas son las que desacreditan y quitan la autoridad á vuestra doctrina; »prometéis cosas grandes y tales, que no sólo »no se pueden desear, pero ni aun creer. »Decís por una parte con razones magníficas, »que el sabio no puede ser pobre, y tras eso »confesáis que suele faltarle esclavo, casa y »vestido. Decís que no puede estar loco, y no »negáis que puede estar enagenado y hablar »algunas razones poco compuestas, y todo »aquello á que la fuerza de la enfermedad le

»diere audacia. Decís que el sabio no puede
 »ser esclavo, y no negáis que puede ser ven-
 »dido, y que ha de obedecer á su amo, ha-
 »ciendo todos los ministerios serviles; con lo
 »cual, levantando en alto el sobrecejo, venís á
 »caer en lo mismo que los demás y sólo mu-
 »dáis los nombres á las cosas. Lo mismo sos-
 »pecho que sucede en lo que decís, que el
 »sabio no puede recibir injuria ni afrenta;
 »proposición hermosa y magnífica á las pri-
 »meras apariencias. Mucha diferencia hay en
 »que el sabio no tenga indignación á que no
 »reciba injuria. Si me decís que la sufrirá con
 »gallardía de ánimo, eso no es cosa particular,
 »antes viene á ser muy vulgar, por ser pa-
 »ciencia que se aprende con la continuación
 »de recibir injurias. Pero si me decís que no
 »puede recibir injuria, y en esto pretendéis
 »decir que nadie puede intentar hacérsela,
 »digoos que dejando todos mis negocios me
 »hago luego estóico.» Yo no determiné adornar
 al sabio con honores imaginarios de palabras,
 sino ponerle en tal lugar donde ninguna in-
 juria se permite. ¿Será esto por ventura por-
 que no hay quien proveque y tienta al sabio?
 En la naturaleza no hay cosa tan sagrada á
 quien no acometa algún sacrilegio; pero no
 por eso dejan de estar en gran altura las di-
 vinas; aunque hay quien sin hacer mella en

ellas, acomete á ofender la grandeza superior á sus fuerzas. Yo no llamo invulnerable á lo que se puede herir, sino á lo que no se puede ofender. Dárete con un ejemplo á conocer al sabio. ¿Puédese dudar de que las fuerzas no vencidas son más ciertas que las no experimentadas, pues éstas son dudosas y las acostumbradas á vencer constituyen una indubitable firmeza? En esta misma forma juzga tú por de mejor calidad al sabio, á quien no ofende la injuria que al que nunca se le hizo. Yo llamaré varón fuerte á aquel á quien no rinden las guerras ni le atemorizan las levantadas armas de su enemigo, y no daré este apellido al que entre perezosos pueblos goza descansado ocio. El sabio es á quien ningunas injurias ofenden; y así no importa que le tiren muchas flechas, porque tiene impenetrable el pecho, al modo que hay muchas piedras cuya dureza no se vence con el hierro, y el diamante ni puede cortarse, herirse, ni mellarse, antes rechaza todo lo que voluntariamente se le opone; y al modo que hay algunas cosas que no se consumen con el fuego, antes conservan su vigor y naturaleza en medio de las llamas; y al modo que los altos escollos quebrantan la furia del mar sin que en ellos se vean indicios de la crueldad conque son azotados de las olas, de esta misma suerte el

ánimo del varón sabio estando firme, y sólido y prevenido de sus fuerzas, estará seguro de las injurias como las cosas que hemos referido.

IV. ¿Faltará por ventura alguno que intente hacer injuria al sabio? Intentaralo, pero no llegará á conseguirlo; porque le hallará con tal distancia apartado del contacto de las cosas inferiores, que ninguna fuerza dañosa podrá alcanzar hasta donde él está. Cuando los poderosos levantados por su imperio y los que están validos por el consentimiento de los que se les humillan intentaren dañar al sabio, quedarán sus cometimientos tan sin fuerza, como aquellas cosas que con arco ó ballesta se tiran en alto, que aunque tal vez se pierden de vista vuelven abajo sin tocar en el cielo. ¿Piensas que aquel ignorante rey, que con la muchedumbre de saetas obscureció el día, llegó con alguna á ofender al sol? ¿ó que habiendo echado muchas cadenas en el mar pudo prender á Neptuno? De la manera que las cosas divinas están exentas de las manos de los hombres sin que la divinidad reciba lesión de aquellos que ponen fuego á sus templos ni de los que forman sus simulacros, así todo lo que se intenta contra el sabio protervo, insolente y soberbiamente se intenta en vano. Dirás que mejor fuera que ninguno intentara hacerle ofensa; cosa dificultosa pre-

tendes en desear inocencia en el linage humano. Mayor interés fuera de los que quieren hacer injuria al sabio en no hacérsela, que el que tiene el sabio en no recibirla; pero aunque se le haga no la puede padecer; antes juzgo que aquella sabiduría que entre las cosas que la impugnan se muestra tranquila, es la que tiene más fuerzas, al modo que es indicio de que el Emperador se halla poderoso en armas y soldados, cuando se juzga seguro en las tierras del enemigo. Separemos si te parece, amigo Sereno, la injuria de la afrenta. La primera es por su naturaleza más grave y esta segunda más ligera; y solos los delicados la juzgan por pesada, y no siendo con ella damnificados sino solamente ofendidos, es tan grande el dejamiento y vanidad de los ánimos, que son muchos los que piensan no les puede suceder cosa más acerba. Hallarás algún esclavo que quiera más ser azotado que abofeteado y que juzgue por más tolerable la muerte que las palabras injuriosas, porque hemos llegado ya á tan grande ignorancia, que no nos sentimos tanto del dolor, cuanto de su opinión como los niños á quienes ponen miedo la sombra, y la deformidad de las personas, y las malas caras, y les hacen llorar los nombres desapacibles á los oídos, y las amenazas de los dedos y otras cosas, de que como poco pródigos huyen.

V. El fin de la injuria es hacer algún mal; pero la sabiduría no le deja lugar en que entre, porque para ella no hay otro mal si no es la torpeza, la cual no tiene entrada donde una vez entraron la virtud y lo honesto; según lo cual, es cosa cierta que no puede llegar la injuria al sabio; porque si el padecer algún mal es lo que se llama injuria y el sabio no le padece, es evidencia que no tiene que ver con él la injuria, porque toda injuria es una cierta disminución del sujeto en quien cae, no siendo posible recibirla sin alguna pérdida, ó en el cuerpo, ó en la dignidad, ó en alguna de las cosas que están fuera de nosotros; pero el sabio no puede perder cosa alguna, porque las tiene todas depositadas en sí mismo, sin haber entregado alguna á la fortuna, teniendo todos sus bienes en parte firme y contentándose con la virtud, que no necesita de las cosas fortuitas, y así ni puede crecer ni menguar, porque lo que ha llegado á la cumbre no tiene adonde pasar, y la fortuna no quita sino lo que ella dió, y como no dió la virtud no puede quitarla; ésta es libre, inviolable, firme, inconstable y de tal manera fortalecida contra los sucesos, que no sólo no puede ser vencida, pero ni aun inclinada. Tiene muy abiertos los ojos contra los aparatos de las cosas terribles y no hace mudanza en el rostro,

ora se le pongan delante sucesos prósperos, ora adversos. Y finalmente, el sabio jamás pierde aquello que le puede causar sentimiento, porque sólo posee la virtud, de la cual no puede ser desposeído, y de las demás cosas tiene una posesión precaria. ¿Quién, pues, se lamenta con la pérdida de lo que es ageno? Por lo cual, si la injuria no puede damnificar á las cosas que el sabio tiene por propias, porque están fortificadas con la virtud, no podrá hacerse injuria al sabio. Ganó Demetrio Policertes la ciudad de Megara, y habiendo preguntado á Stilpón Filósofo que pérdida había hecho, le respondió que ninguna; porque tenía consigo todos sus bienes, no obstante que el enemigo le había despojado de su patrimonio, robándole sus hijas y violado su patria. Disminuyóle con esta respuesta la victoria; porque habiendo perdido la ciudad, no sólo no se tuvo por vencido, mas antes dió á entender no estar damnificado mientras quedaban en su poder los verdaderos bienes de que no se puede hacer presa, y los que le habían sido robados y disipados los tenía por adventicios y por sujetos á los antojos de la fortuna, y por esta razón no los amaba como propios, pues de todo lo que está de la parte de afuera es incierta y deslizadera la posesión. Juzga, pues, ahora, si á este sabio á

quien la guerra y el enemigo práctico en batir murallas no pudieron quitar cosa alguna, si se la podrá quitar el ladrón, el calumniador, el vecino poderoso ó el rico, que por no tener hijos se hace respetar como rey. Entre las espadas, por todas partes relumbrantes y entre el tumulto militar para la presa, entre las llamas y la sangre, entre las ruínas de una ciudad saqueada y entre el fuego de los templos que caían sobre sus dioses, sólo hubo paz en este hombre. Según esto, no hay para que juzgues por atrevida mi proposición, pues si tuvieses de mí poco crédito, te daré fiador. Y si te parece que en un hombre no puede haber tanta parte de firmeza y tal grandeza de ánimo, ¿qué dirás si te pongo delante quien dice lo siguiente?

VI. No hay por qué dudes de que hay hombre nacido que pueda levantarse sobre las cosas humanas, mirando con tranquilidad los dolores, las pérdidas, las llagas, las heridas, y finalmente, los grandes movimientos, que cercándole braman, mientras él plácidamente sufre las cosas adversas, y con moderación las prósperas, sin rendirse con aquéllas, ni desvanecerse con éstas, siendo uno mismo entre tan diversos casos, y sin juzgar que hay algo que sea suyo, sino es á sí mismo; y esto por la parte en que es mejor. Aquí estoy para

probarte esta verdad, con este destruidor de
 tantas ciudades. Podrán desmoronarse con la
 batería las murallas y caer de repente con
 las secretas minas las altas torres; podrán
 subir los baluartes de modo que se igualen á
 los más encumbrados alcázares; pero ningun-
 nas máquinas militares se hallarán para con-
 mover un ánimo bien fortalecido: «Libréme
 »(dice) de las ruínas de mi casa, y huí por
 »medio las llamas que de todas partes estaban
 »relumbrando, y no sé si el suceso que habrán
 »tenido mis hijos, será peor que el público. Yo
 »solo y viejo, viéndome cercado de enemigos,
 »digo, que toda mi hacienda está en salvo,
 »porque tengo y poseo todo lo que de mí tuve;
 »no tienes por qué juzgarme vencido, ni esti-
 »marto por vencedor; tu fortuna fué la que
 »venció á la mía. Yo ignoro dónde están aque-
 »llas cosas caducas que mudaron dueño;
 »pero lo que á mí me toca, conmigo está y
 »estará siempre. En este saco perdieron los
 »ricos sus riquezas, los lascivos sus amores
 »y las amigas amadas, con mucha costa de la
 »vergüenza. Los ambiciosos perdieron los tri-
 »bunales y lonjas y los demás lugares desti-
 »nados para ejercer en público sus vicios. Los
 »logreros perdieron las escrituras, en que la
 »avaricia fingidamente alegre, tenía puesto el
 »pensamiento; pero yo todo lo tengo libre y

»sin lesión. A estos que lloran y se lamentan,
 »y á los que por defender sus riquezas oponen
 »sus desnudos pechos á las desnudas espadas,
 »y á los que huyendo del enemigo llevan car-
 »gados los senos, puedes preguntar lo que
 »perdieron.» Ten, pues, por cosa cierta, amigo
 Sereno, que aquel varón perfecto, lleno de
 »todas las virtudes humanas y divinas, no
 perdió cosa alguna: porque sus bienes estaban
 cercados de murallas firmes é inexpugnables.
 No compares con ellas los muros de Babilonia,
 que allanó Alejandro; no los castillos de Car-
 tago y Numancia, ganados con un ejército;
 no el Capitolio y su alcázar, que todos ellos
 tienen las señales de los enemigos; pero las
 que defienden al sabio, están seguras del
 fuego y de los asaltos, sin que haya portillo
 por donde entrar, porque son altas, excelsas
 é iguales á los dioses.

VII. No tendrás razón en decir lo que
 sueles, que este nuestro sabio no se halla en
 parte alguna, porque nosotros no fingimos
 esta vana grandeza del humano entendimien-
 to, ni publicamos gran concepto de cosa falsa,
 sino como lo formamos os lo damos y os lo
 daremos, si bien raramente y con grande in-
 tervalo de los tiempos se halla; porque las
 cosas grandes que exceden el vulgar y acos-
 tumbrado modo, no nacen cada día. Antes

recelo, que este nuestro Catón que dió motivo á nuestra disputa, es superior á nuestro ejemplo; y finalmente, el que ofende, ha de tener mayores fuerzas que el que recibe la ofensa; pues si la maldad no puede ser más fuerte que la virtud, claro está que no podrá ser ofendido el sabio; porque solos son los malos los que intentan injuriar á los buenos, porque entre los justos siempre hay paz, y no pudiendo ser ofendido sino el interior, y el malo lo es del bueno; y los buenos no pueden temer injuria sino es de los que no lo son; claro es que el sabio no puede ser injuriado. Y no tengo que advertirte de nuevo, que no hay otro que sea bueno sino el sabio. Dirasme, que aunque Sócrates fué condenado injustamente, al fin recibió injuria. Para esto conviene que sepamos que puede suceder que alguno me haga injuria y que yo no la reciba; como si una persona habiendo hurtado alguna cosa de mi granja, me la pusiese en mi casa; este tal cometió hurto, pero yo no perdí cosa alguna; así puede uno ser dañador sin hacer daño. Acuéstase un casado con su mujer juzgando que es agena; éste será adultero sin que lo sea la mujer. Dame algún veneno que mezclado con la comida perdió la fuerza; pero con darme el veneno, aunque no me dañó, se hizo sujeto á la culpa; y no deja de ser ladrón

aquel cuyo puñal quedó frustrado con la ropa. Todas las maldades son perfectas cuanto á la culpa, aunque no se consiga el efecto de la obra; pero hay algunas en tal modo unidas, que no puede estar lo uno sin lo otro. Yo procuraré hacer evidente lo que digo: puedo mover los piés sin correr; pero no puedo correr sin moverlos; puedo estar en el agua sin nadar; pero no puedo nadar sin estar en el agua. De esta calidad es lo que trato; si recibí la injuria, es fuerza que se hiciese, pero no es fuerza que por haberse hecho, la haya yo recibido; porque pueden haberse ofrecido muchas cosas que hayan apartado la injuria, y como algunos sucesos pueden detener la mano levantada y apartar las saetas disparadas, así puede haber alguna cosa que repela cualquier injuria, deteniéndolas de modo que aunque sean hechas no sean recibidas. Demás de esto la justicia no puede sufrir lo injusto, por no ser compatibles dos contrarios, y la injuria no puede hacerse sino es con injusticia.

VIII. No hay de qué te admires cuando te digo que ninguno puede hacer injuria al sabio, pues tampoco le puede nadie aprovechar, porque al que lo es, ninguna cosa le falta que pueda recibir en lugar de dádiva, y el malo no puede dar cosa alguna al sabio, porque para que pueda dar há menester tener, y es

cosa cierta, que no tiene cosa de que el sabio pueda tener gusto en recibirla; según lo cual, ninguno puede ofender ni beneficiar al sabio, al modo que las cosas divinas ni desean ser ayudadas ni pueden en sí ser ofendidas. El sabio es muy próximo á los dioses, y excepto en la mortalidad, es semejante á Dios, y el que camina y aspira á cosas excelsas, reguladas con razón, intrépidas, y que con igual y concorde curso corren, y á las seguras y benignas, habiendo nacido para el bien público, siendo saludable á sí y á los demás, éste tal no deseará cosa humilde. Y el que estribando en la razón pasare por los casos humanos con ánimo divino, de ninguna cosa se lamentará. ¿Piensas que digo sólomente que no puede recibir injuria de los hombres? Pues digo, que ni aun de la fortuna, la cual siempre que con la virtud tuvo encuentros, salió inferior. Si aquello de donde para amenazarnos no pueden pasar las airadas leyes ó los crueles dueños, y aquello donde se acaba y termina el imperio de la fortuna, lo recibimos con ánimo plácido, igual y alegre, conociendo que la muerte no es mal, conoceremos por la misma razón que tampoco es injuria, y con eso llevaremos con más facilidad todas las demás cosas, los daños, los dolores, las afrentas, los destierros, la falta de los padres y las heridas,

todas las cuales, cosas aunque cerquen al sabio, no le anegan ni todos sus acometimientos le entristecen. Y si con moderación sufre las injurias de la fortuna, ¿con cuánta mayor sufrirá la de los hombres poderosos, sabiendo que son las manos con que ella obra?

IX. Finalmente: el sabio sufre todas las cosas al modo que pasa el invierno el rigor y la destemplanza del cielo, y como los calores y enfermedades, y las demás cosas que penden de la suerte, y no juzga de cualquiera que lo que hace lo guía por consejo, que éste sólo se halla en el sabio, que en los demás no hay consejos sino engaños, asechanzas y movimientos paliados del ánimo, atribuyéndolo todo á los casos. Porque todo lo que es casual y fortuito, si se enfurece y altera, es fuera de nosotros. ¿Y piensas también, que aquellos por quienes se nos dispone algún peligro, tienen ancha materia á las injurias, ya con testigos supuestos, ya con falsas acusaciones, ya irritando contra nosotros los movimientos de los poderosos, con otros mil latrocinios que pasan aun entre los de ropas largas, teniendo también por injuria si se les quita su ganancia ó el premio mucho tiempo procurado; si les salió incierta la herencia solicitada con grandes diligencias, quitándoles la gracia de la casa que les había de ser provechosa? Pues

todo esto lo desprecia el sabio porque no sabe vivir en esperanza ó en miedo temporal. Añade á esto, que ninguno recibe injuria sin alteración de ánimo, porque cuando la suerte se perturba y el varón levantado carece de perturbación por ser templado y de alta y plácida quietud, y si la injuria tocara al sabio, conmoviérale é inquietárale, siendo cierto que carece de la ira injusta que suele despertar la apariencia de injuria, porque sabe no puede hacersele, por lo cual, hallándose firme y alegre, y en continuo gozo, de tal manera no se congoja con las ofensas de los hombres que la misma injuria y aquello con que ella quiso hacer experiencia del sabio tentando su virtud, se hallan frustrados. Ruégoos, que favorezcamos este intento y que le asistamos con equidad de ánimo y de oídos. Y no porque el sabio se exime de la injuria se disminuye algún tanto vuestra desvergüenza ó vuestros codiciosísimos deseos, ni vuestra temeridad ó soberbia, porque quedando en pié vuestros vicios queda en su ser esta libertad del sabio. No decimos que vosotros no tenéis facultad de hacerle injuria, sino que él echa por alto todas las injurias, y que se defiende con paciencia y grandeza de ánimo. De esta suerte vencieron muchos en las contiendas sagradas fatigando con perseverante paciencia las ma-

nos de los que los herían. De este mismo género juzga tú la paciencia y sabiduría de aquellos que con larga y fiel costumbre alcanzaron fortaleza para sufrir y para cansar cualesquier enemigas fuerzas.

X. Pues hemos tratado la primera parte, pasemos á la segunda, en la cual refutaremos la afrenta con algunas razones propias y con otras comunes. La contumelia es menor que la injuria, y de ella nos podemos quejar más que vengarla y las leyes no la juzgan digna de castigo. La humildad mueve este afecto del ánimo que se encoge por algún hecho ó dicho contumelioso. No me admitió hoy fulano habiendo admitido á otros, ó no escuchó mis razones ó en público se rió de ellas; no me llevó en el mejor lugar, sino en el peor; con otros algunos sentimientos de esta calidad, á los cuales no sé que otro nombre poder dar si no quejillas de ánimo mareado, en que siempre caen los delicados y dichosos, porque á los que tienen mayores cuidados no les queda tiempo para reparar en semejantes impertinencias. Los entendimientos que de su natural son flacos y mujeriles y que con el demasiado ocio lozanean, como carecen de verdaderas injurias se alteran con éstas, cuya mayor parte consiste en la culpa de quien las interpreta. Finalmente, el que se altera con

el agravio hace demostración que ni tiene cosa alguna de prudencia ni de confianza y así se juzga despreciado, y este remordimiento no sucede sin un cierto abatimiento de ánimo rendido y desmayado. El sabio de ninguno puede ser despreciado, porque conociendo su grandeza se persuade á que nadie tiene autoridad de ofenderle, y no sólo vence estas que yo no llamo miserias, sino molestias del ánimo, pero ni aun las siente. Hay otras cosas, que aunque no derriban al sabio, le hieren, como son los dolores del cuerpo, la flaqueza, la pérdida de hijos y amigos y la calamidad de la patria abrasada en guerras. No niego que el sabio siente estas cosas porque no le doy la dureza de las piedras ó hierro; pero tampoco fuera virtud sufrirlas no sintiéndolas.

XI. ¿Pues qué es lo que hace el sabio? Recibe algunos golpes y en recibiendo los rechaza, los sana y los reprime; mas estas cosas menores no sólo no las siente, pero aún no se vale contra ellas de su acostumbrada virtud habituada á sufrir, antes no repara en ellas ó las juzga por dignas de risa. Además de esto, como la mayor parte de las contumelias hacen los insolentes y soberbios y los que se avienen mal con su felicidad, viene á tener el sabio la sanidad y grandeza de ánimo con

que rechaza aquel hinchado afecto, siendo esta virtud tan hermosa que pasa por todas las cosas de esta calidad como por vanas fantasías de sueños y como por fantasmas nocturnos que no tienen cosa alguna de sólido y verdadero, y juntamente se persuade que todos los demás hombres le son tan inferiores, que no han de tener osadía á despreciar las cosas superiores á ellos. Esta palabra, *contumelia*, se deriva del desprecio, porque ninguno, si no es el que desprecia, la hace, y ninguno desprecia al que tiene por mayor y por mejor, aunque haga algo de aquello que suelen hacer los despreciadores. Suelen los niños dar golpes en la cara á sus padres y muchas veces desgriñan y arrancan los cabellos á sus madres, escúpenlas, descúbrenlas en preferencia de otros, y diciéndoles palabras libres y á ninguna acción de estas llamamos contumelia. ¿Qué es la razón? porque el que lo hizo no pudo despreciar, y por esta misma causa nos deléita la licenciosa urbanidad que los esclavos tienen para con sus dueños, cuya audacia y dicacidad puede atraerse á los convidados cuando empezó en su señor, porque al paso que cada uno de ellos es más abatido y ridículo, es de más osada lengua, y para este efecto se suelen comprar muchachos ingeniosos, cuya libertad se perfeccione con maes-

tros que les enseñen á decir injurias pensadas, y nada de esto tenemos por afrenta, sino por agudezas.

XII. ¿Pues qué mayor locura puede haber como el deleitarnos y ofendernos de las mismas cosas y el tener por afrenta lo que me dice mi amigo, teniendo por bufonería lo que me dice el esclavo? El ánimo que nosotros tenemos contra los niños, ese mismo tiene el sabio contra aquellos que aun después de pasada la juventud, y habiendo llegado las canas, se están en la puerilidad y niñez. ¿Han por ventura medrado algo estos, en quien están arraigados los males del ánimo? y si han crecido ha sido en errores diferenciándose de los niños, sólomente en ser mayores y en la forma de los cuerpos, que en lo demás no están menos vagos é inciertos apeteciendo el deléite sin elección y estando temerosos; y si se ven algún tiempo quietos no es por inclinación, sino por miedo. ¿Quién, pues, habrá que diga hay diferencia entre ellos y los muchachos, más de que toda la codicia de éstos es en tener algunos dados, y alguna moneda de vellón, y la de los otros es de oro, plata y ciudades? Los muchachos hacen también entre sí sus magistrados imitando la garnacha, las varas y los tribunales que los hombres tienen; los muchachos hacen en las riberas for-

mas de casas juntadas de arena. Los hombres, como si emprendiesen alguna cosa grande, se ocupan en levantar piedras, paredes y techos que habiendo sido inventados para defensa de los cuerpos se convierten en peligro suyo; iguales, pues, son á los muchachos, y si en algo se les adelantan en algunas cosas mayores, todo al fin es error; y así no sin causa el sabio recibe las injurias de éstos como juego, y tal vez les amonesta con el mal y con la pena como á muchachos, no porque él haya recibido la injuria, sino porque la hicieron ellos, y para que desistan de hacerla, al modo que cuando los caballos rehusan la carrera les da el caballero con el azote, y sin enojarse con ellos les castiga para que el dolor venza la rebeldia. Con lo cual juntamente verás, que está disuelto el argumento que se nos pone, que el sabio no recibe injuria ni afrenta, porque castiga á los que se la hacen porque esto no es vengarse, sino enmendarlos,

XIII. ¿Qué razón, pues, hay para que no creas que tiene esta firmeza de ánimo el varón sabio teniendo licencia de confesarla en otros, aunque no sea procedida de la misma causa? ¿Qué médico se enoja con el frenético? ¿Quién tiene por injurias las quejas de aquel á quien estando con la fiebre se le deniega el agua? Advierte, que el sabio tiene el mismo

oficio con todos que el médico con sus enfermos, sin que éste se desdeñe de tocar las obscenidades ni mirar los excrementos cuando de ello necesita el enfermo, y sin que se enoje de escuchar las palabras ásperas de los que frenéticos se enfurecen. Conoce el sabio que muchos de los que andan con la toga y la púrpura, aunque tienen buen color y parece que están fuertes, están mal sanos, y así los mira como á enfermos destemplados, y con esto no se ensaña, aunque desvergonzadamente se atrevan á intentar con la enfermedad alguna cosa contra el que los cura, y como hace poca estimación de los honores que el enfermo le da, tampoco hace caudal de las acciones contumeliosas; y como hace poco aprecio de que un mendigo le honre, tampoco tiene por injuria si algún hombre de los de la infima plebe siendo saludado no le pagó la cortesía, ni se estima en más porque muchos ricos le estiman, porque conoce que en ninguna cosa se diferencian de los mendigos, antes son más desdichados, porque los pobres necesitan de poco y los ricos de mucho; y finalmente, no se sentirá el sabio de que el rey de los Medos, ó Atalo, rey de Asia, pase con silencio y con arrogante rostro cuando él le saluda; porque conoce que el estado de los reyes no tiene otra cosa de que se tenga envidia mas que la que

se tiene de aquel á quien en una gran familia le cupo el cuidado de regir los enfermos y enfrenar los locos. ¿Sentiréme yo por ventura, si uno de los que en los ejércitos están negociando y comprando malos esclavos de que están llenas sus tiendas me dejó de saludar? Pienso que no me sentiré; porque ¿qué cosa tiene buena aquel en cuyo poder no hay alguno que no sea malo? Luego al modo que el sabio desprecia la cortesía ó descortesía de éste desestimaré la del rey, que tiene en su servicio esclavos partos, medos y bactrianos, pero de tal manera, que los enfrena con miedo, sin atreverse jamás á aflojar el arco por ser malos y venales y que desean mudar de dueño. El sabio, con ninguna injuria de éstos se altera; porque aunque ellos son entre sí diferentes, él los juzga iguales por serlo en la ignorancia: porque si una vez se abatiese tanto que se alterase con la injuria ó contumelia, jamás podría tener seguridad, siendo ésta el principal caudal del sabio, el cual nunca cometerá tal error, que vengándose de la injuria venga á dar honor al que la hizo; siendo consecuencia necesaria el recibirse con alegría el honor de aquel de quien se sufre molesta-mente el agravio.

XIV. Hay hombres tan mentecatos, que juzgan pueden recibir afrenta de una mujer.

¿Qué importa que ella sea rica, que tenga muchos litereros, que tráiga costosas arracadas, que ande en ancha y costosa silla? pues con todo esto es un animal imprudente, y si no se le arrima alguna ciencia y mucha erudición, es una fiera que no sabe enfrenar sus deseos. Hay algunos que llevan impaciente-mente el ser impelidos de los criados guedejados que les acompañan y tienen por afrenta el hallar dificultad en los porteros y soberbía en el que cuida de las visitas ó sobrecejo en el camarero. ¡Oh, cómo conviene despertar la risa en estas ocasiones! ¡Y cómo se debe henchir de deléite el ánimo cuando en su quietud contempla los errores ajenos! ¿Pues qué se ha de hacer? ¿No ha de llegar el sabio á las puertas guardadas por un áspero y desabrido portero? Si le obligare algún caso de necesidad, podrá experimentar el llegar á ellas, amansando primero con algún regalo al que las guarda, como á perro mordedor, sin reparar en hacer algún gasto para que le dejen llegar á los umbrales; y considerando que hay muchas puentes donde se paga el tránsito, no se indignará de pagar algo, y perdonará al que tiene á su cargo esta cobranza, séase quien se fuere, pues vende lo que está expuesto á venderse. De corto ánimo es el que se muestra ufano porque habló con libertad al portero y porque

le rompió la vara y se entró al dueño y le pidió que lo mandase castigar. El que porfía se hace competidor, y aunque venza, ya se hizo igual. ¿Qué hará, pues, el sabio cargado de golpes? Lo que hizo Catón cuando le hirieron en la cara, que ni se enojó, ni vengó la injuria; y tampoco la perdonó, porque negó estar injuriado: mayor ánimo fué no reconocerla, de lo que fuera el perdonarla. Y no nos detendremos mucho en esto, porque, ¿quién hay que ignore que de estas cosas que se tienen por buenas ó por malas hace el sabio diferente concepto que los demás? No pone los ojos en lo que los hombres tienen por malo y desdichado; porque no camina por donde el pueblo. Y al modo que las estrellas hacen su viaje contrario al mundo, así el sabio camina contra la opinión de todos.

XV. Dejad, pues, de preguntarme cómo el sabio no recibe injuria si le hieren ó le sacan los ojos, y que no recibe afrenta si le llevan por las plazas oyendo oprobios de la gente soez y si le mandan que en los convites reales coma debajo la mesa con los esclavos de más bajos ministerios, y finalmente, si fuere forzado á sufrir cualquier otra ignominia de las que aún sólo pensadas son molestas á cualquier ingénua vergüenza. En la forma que éstas se aumentan, ora sea en número, ora en

grandeza, serán siempre de la misma naturaleza, con lo cual, si las pequeñas no ofenden, tampoco han de ofender las grandes, y si no las pocas tampoco las muchas. De vuestra flaqueza sacáis conjeturas para el ánimo grande, y cuando pensáis en lo poco que vosotros podéis sufrir, ponéis poco más extendidos términos al sabio, á quien su propia virtud le colocó en otros diferentes parajes del mundo sin que tenga cosa que sea común con vosotros, por lo cual no se anegará con la avenida de todas las cosas ásperas y graves de sufrir ni con las dignas de que de ellas huyan el oído y la vista, y en la misma forma que resistirá á cada una de por sí resistirá á todas juntas. Mal discurrir el que dice: esto es tolerable al sabio y esto es intolerable, y el que pone coto y limite á la grandeza de su ánimo. Porque la fortuna nos vence cuando de todo punto no la vencemos. Y no te parezca que esto es una aspereza de la doctrina estóica, pues Epicuro (á quien vosotros tenéis por patrón de vuestra flojedad y de quien decís que os enseña doctrina muelle y floja encaminada á los deléites), dijo que raras veces asiste la fortuna al sabio, razón poco varonil. ¿Quieres tú decirlo con mayor valentía y apartar de todo punto la fortuna del sabio? pues dí: esta casa del sabio es angosta y sin adorno, es sin ruido

y sin aparato; no está su entrada defendida con porteros que con venal austeridad apartan la turba; pero por estos umbrales desocupados y no guardados de porteros, no entra la fortuna porque sabe no tiene lugar á donde conoce que no hay cosa que sea suya, y si á un Epicuro, que tanto trató del regalo del cuerpo tuvo brios contra las injurias, ¿qué cosa ha de parecer entre nosotros increíble ó puesta fuera de la posibilidad de la humana naturaleza? Aquél dijo que las injurias eran tolerables al sabio, y nosotros decimos que para el sabio no hay injurias.

XVI. Y no hay para qué me digas que esto repugna á la naturaleza, porque nosotros no decimos que el ser azotado, el ser repelido y el carecer de algún miembro no es descomodidad; pero negamos que estas cosas no son injurias. No les quitamos el sentimiento del dolor, quitámosles el nombre de injurias, que éste no tiene entrada donde queda ilesa la virtud. Veamos cuál de los dos trata más verdad; entrambos convienen en el desprecio de la injuria. Pregúntasme siendo esto así, ¿qué diferencia hay entre ellos? La que hay entre los fortísimos gladiadores, que unos sufriendo las heridas están firmes, y otros volviendo los ojos al pueblo que clama dan indicios de su poco valor, no mereciendo que por ellos se in-

terceda. No pienses que es cosa grande en lo que discordamos; sólo se trata de aquello que es lo que sólo nos pertenece. Entrambos ejemplos nos enseñan á despreciar las injurias y contumelias, á quien podemos llamar sombras y apariencias de injuria, para cuyo desprecio no es necesario que el varón sea sabio, basta que sea advertido y que pueda hacer examen preguntándose si lo que le sucede es por culpa suya ó sin ella, porque si tiene culpa no es agravio, sino castigo, y si no la tiene, la vergüenza queda en quien hace la injuria. ¿Qué cosa es esta á que llamamos *contumelia*? Que te burlaste de mi calva, de mis ojos, de mis piernas ó mi estatura. ¿Qué agravio es decirme lo que está de manifiesto? De muchas cosas que nos dicen delante de una persona nos reímos, y si nos las dicen delante de muchas nos indignamos, quitando la libertad á que otros nos digan lo que nosotros mismos nos decimos muchas veces. Con los donáires moderados nos entretenemos y con los que no tienen moderación nos airamos.

XVII. Refiere Crisipo que se indignó uno contra otro, porque le llamó carnero marino. Y en el Senado vimos llorar á Fido Cornelio, yerno de Ovidio, porque Cerbulo le llamó avestrúz pelado: había tenido valor contra otras malas razones que le infamaban las

costumbres y la vida, y con esta se le cayeron feamente las lágrimas; tan grande es la flaqueza del ánimo en apartándose de la razón. ¿Qué diremos de que nos damos por ofendidos si alguno remeda nuestra habla y nuestros pasos, ó si declara algún vicio nuestro en la lengua ó en el cuerpo? como si estos defectos se manifestaran más con remedarlos otros que con tenerlos nosotros. Muchos oyen con sentimiento la vejez y las canas, á que llegaron con deseos; otros se ofendieron de que les notaron su pobreza, escondiéndola de los otros cuando entre sí se lamentan de ella. Según lo cual, á los licenciosos que con decir pesadumbres tratan de hacerse graciosos, se les quitará la materia si tú voluntaria y anticipadamente te adelantares á decirte lo que ellos te podrán decir; porque el que comienza á reirse de sí, no da lugar á que otros lo hagan. Hay memoria de que Vatinio, hombre nacido para risa y aborrecimiento, fué un truhán donairoso y decidor, y solía él decir mucho mal de sus piés y de su garganta llena de lamparones, con lo cual se libró de la fisga de sus émulos, aunque tenía más que enfermedades; y entre otros se escapó de los donáires de Cicerón. Si aquél con la desvergüenza y con los continuos oprobios conque se habituó á no avergonzarse, pudo conse-

guirlo, ¿por qué no lo ha de alcanzar el que con estudios nobles y con el adorno de la sabiduría hubiere llegado á alguna perfección? Añade, que es un cierto género de venganza quitar al que quiso hacer la injuria el deléite de ella: suelen los que las hacen, decir: Desdichado de mí, pienso que no lo entendió; porque el fruto de la injuria consiste en que se sienta y en la indignación del ofendido; y demás de esto, no hayas miedo que falte otro igual que te vengue.

XVIII. Entre los muchos vicios de que abundaba Cayo César, era admirablemente notado en ser insigne en picar á todos con alguna nota, siendo él materia tan dispuesta para la risa, porque era tal su pálida fealdad, que daba indicios de locura, teniendo los torcidos ojos escondidos debajo de la arrugada frente con grande deformidad de una cabeza calva, destituida de cabellos y una cervíz llena de cerdas; las piernas muy flacas, con mala hechura de piés, y con todas estas faltas sería proceder en infinito si quisiese contar las cosas en que fué desvergonzado para sus padres y abuelos y para todos estados, referiré sólo lo que fué causa de su muerte. Tenía por íntimo amigo á Asiático Valerio, varón feróz y que apenas sabía sufrir agenos agravios. A éste, pues, le objetó en alta voz en un convite

y una conversación pública, ¿cuál era su mujer en el acto venéreo? ¡Oh, santos dioses, que esto oiga un varón y que esto sepa un Príncipe, y que llegase su licencia á tanto, que no digo á un varón consular, no á un amigo, sino á cualquier marido, se atreviese un Príncipe á contar su adulterio y su fastidio! De Cherea, tribuno de los soldados, se decía, que por ser el tono de la voz lánguido y débil se hacía sospechoso; á éste siempre que pedía el nombre se le daba Cayo, unas veces el de Vénus y otras el de Priapo, notando de afeminado al que manejaba las armas. Y esto lo decía andando él cargado de galas y joyas, así en los vestidos como en el calzado. Forzóle con esto á disponer con el hierro el no llegar más á pedirle el nombre. Éste fué el primero que levantó la mano entre los conjurados, él le derribó de un golpe la media cervíz, y luego llegaron infinitas espadas á vengar las públicas y particulares injurias; pero el que primero mostró ser varón fué el que no se lo parecía. Y siendo Cayo tan amigo de decir injurias, era impaciente en sufrirlas, juzgándolo todo por injuria. Enojóse con Herenio Macro, porque saludándole le llamó sólomente *Cayo*. Y no se quedó sin castigo un soldado aventajado porque le llamó *Caligula*, siendo éste el nombre que se le solía llamar por

haber nacido en los ejércitos y ser alumno de las legiones. Y el que con este apellido se había hecho familiar á los soldados, puesto ya en los coturnos de la grandeza, juzgaba por opobrio y afrenta que le llamasen *Caligula*. Seranos, pues, de consuelo cuando nuestra mansedumbre dejare la venganza, que no faltará quien castigue al desvergonzado soberbio é injurioso; vicios que no se ejercitan en sólo uno ni en sola una afrenta. Pongamos los ojos en los ejemplos de aquellos cuya paciencia alabamos, como fué Sócrates, que tomó en buena parte los dieterios contra él, esperados y publicados en las comedias, y se rió de ellos no menos que cuando su mujer Xantipe le roció con agua sucia, é Iphicrates, cuando se le objetó que su madre Tresa era bárbara, respondió que también la madre de lo dioses era de Frigia.

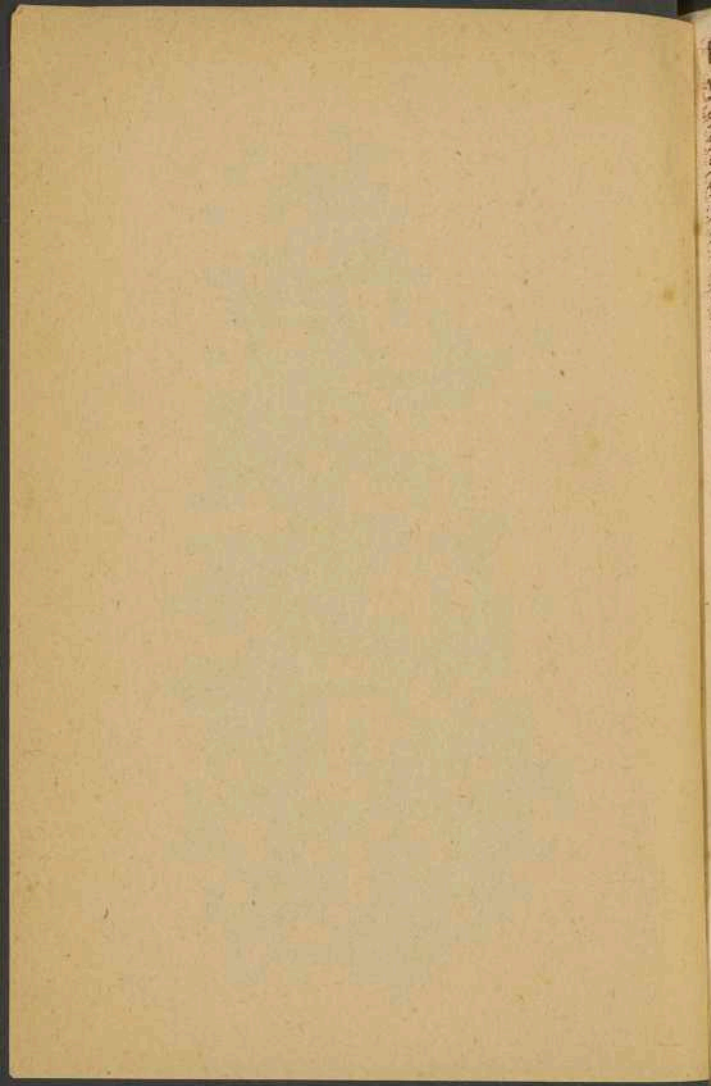
XIX. No hemos de venir á las manos, lejos hemos de sacar los piés, despreciando todo aquello que los imprudentes hacen; porque tales cosas no las pueden hacer sino los que lo son. Hemos de recibir con indiferencia los honores y las afrentas del vulgo, sin alegrarnos con aquéllos, ni entristecernos con éstas; porque de otra suerte dejaremos de hacer muchas cosas necesarias por el temor ó fastidio de las injurias, y no acudiremos á los

públicos ó particulares ministerios, y tal vez á los importantes á la salud, mientras nos congoja un afeminado temor de oír algo contra nuestro ánimo. Y otras veces estando airados contra los poderosos, descubriremos este afecto con destemplada desenvoltura. Y si pensamos que es libertad el no padecer algo, estamos engañados, que antes lo es el oponer el ánimo á las injurias, y hacerse tal, que espere de sí solo las cosas dignas de gozo, apartando las exteriores por no pasar vida inquieta, temiendo la fisga y las lenguas de todos. Porque, ¿cuál persona hay que no pueda hacer una afrenta, si la puede hacer cada uno? Pero el sabio y el amador de la sabiduría, usará de diferentes remedios. A los imperfectos, y que todavía se encaminan á los tribunales públicos, se les debe proponer que su vida ha de ser siempre entre injurias y afrentas; los que las han esperado, todas las cosas les parecen más tolerables. Cuanto más aventajado es uno en nobleza, en fama y en hacienda, tanto con mayor valor se ha de mostrar, trayendo á la memoria, que las más esforzadas legiones toman la vanguardia. Las afrentas, las malas palabras, las ignominias y los demás denuestos, súfralos como vocería de los enemigos, y como armas y piedras remotas, que sin hacer herida, hacen estruendo

cerca de los morriones; súfrelas sin mostrar flaqueza y sin perder el puesto, las unas como heridas dadas en las armas y las otras en el pecho; y aunque te aprieten y con molesta violencia te compelan, es torpeza el rendirte; defiende, pues, el puesto que te señaló la naturaleza. Y si me preguntas: ¿qué puesto es este? te responderé que el de varón. El sabio tiene otro socorro diverso del vuestro; porque vosotros estáis en la pelea, y para él está ya ganada la victoria; no hagáis repugnancia á vuestro bien, y mientras llegáis al que es verdadero, alentad en vuestros ánimos esta esperanza y recibid con gusto lo que es mejor, y confesad con opinión y con deseos, el decir que en la República del linaje humano hay alguno invencible y en quien no tiene imperio la fortuna.

FIN

13473



Volúmenes

- 51 y 52 B. CONSTANT.—Política.
53 STUART MILL.—El utilitarismo.
54 SAN AGUSTIN.—Meditaciones.
55 AZCARATE.—La República norteamericana.
56 LUBOCK.—La dicha de vivir.
57 POSADA.—El parlamentarismo.
58 SENECA.—Tres libros filosóficos.
59, 60 y 61 BACON.—Novum Organum.
62, 63, 64 y 65 HEGEL.—Lógica.
66 VOLTAIRE.—Cándido o el optimismo.
67 A. ZOZAYA.—La Contradicción política.
68 D'ALEMBERT.—Destrucción de los Jesuítas.
69 A. ZOZAYA.—La crisis religiosa.
70 y 71 KRAUSE.—Ideal de la Humanidad.
72 HIPOCRATES.—Aforismos y pronósticos.
73 CONFUCIO.—Los Grandes Libros.
74 CHAMFORT.—Caracteres y anécdotas.
75 VOLNEY.—Las ruinas de Palmira.
76, 77 y 78 PLATON.—La República.
79 DAVID HUME.—Ensayos económicos.
80 y 81 CICERON.—Los oficios.
82 CICERON.—Los diálogos.
83 ERASMO.—Elogio de la locura.
84 BOSSUET.—Tratado del libre albedrío.
85 KANT.—Lógica.
86 LA BOETIE.—La servidumbre voluntaria.
87 ALFIERI.—La tiranía.
88 LA ROCHEFOUCAULD.—Máximas, pensamientos y cartas.
89 BECCARIA.—Delitos y penas.
90 FONTENELLE.—Diálogo de los muertos.
91 ARISTOTELES.—Poética. La amistad.
92 PLATON.—Diálogos dogmáticos. Tomo I. Timeo o la Naturaleza.
93 PLATON.—Diálogos dogmáticos. Tomo II. El banquete. Fedón.
94 FICHTE.—Discurso a la nación alemana.
95 FICHTE.—Destino del sabio y del hombre de letras.

Precio de cada volumen:

Ptas. 1,25

ÉN RUSTICA



EN TELA:

Ptas. 1,75

CADA VOLUMEN

BIBLIOTHECA ECONOMICA FILSOFICA

Volumen LVIII

